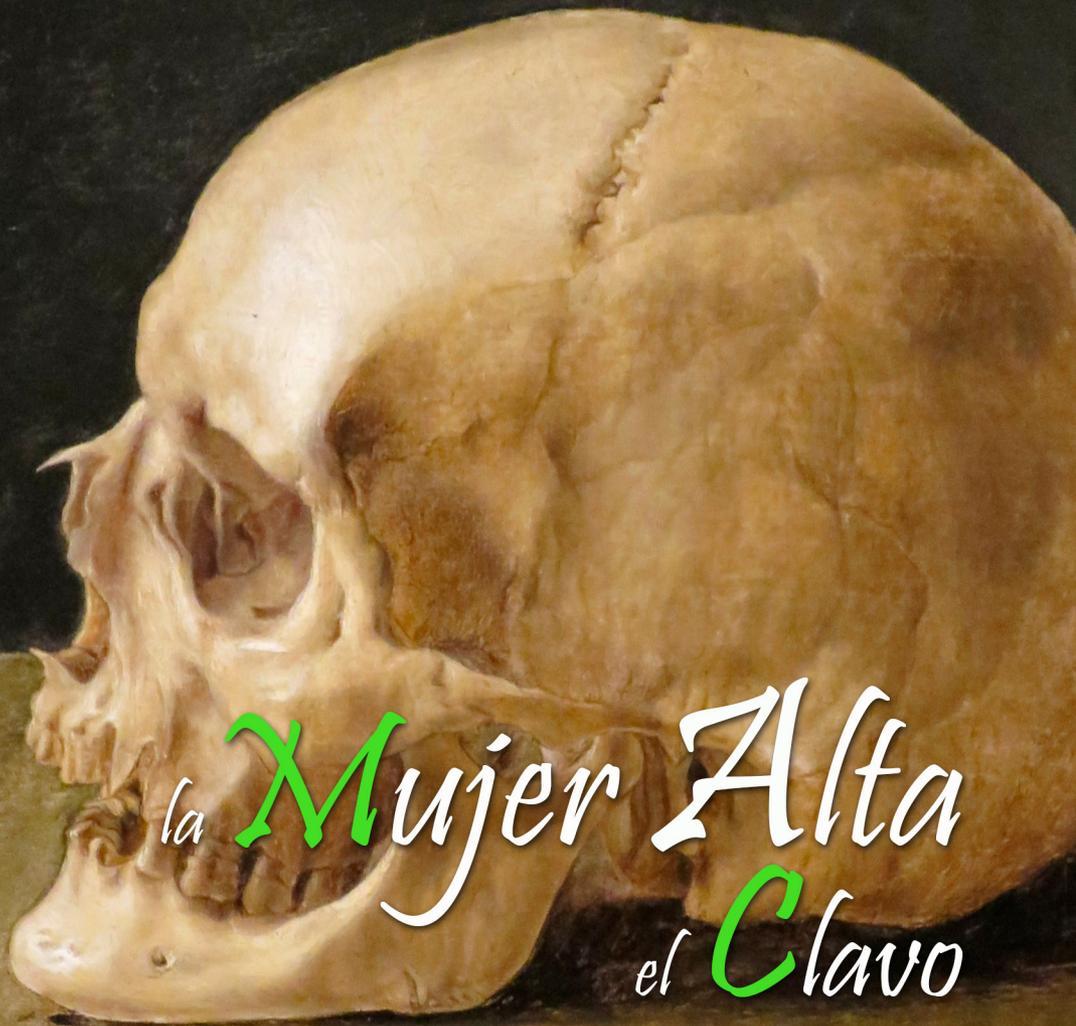


V

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN



La **Mujer Alta**  
el **Clavo**

A

Junta de Andalucía

Consejería de Cultura  
y Patrimonio Histórico



Andalucía

ORIGEN & DESTINO

Delicia Cinematográfica de la Primera Visión al Mundo





BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

la *Mujer Alta*  
el *Clavo*

Edición anotada y posfacio de  
María Dolores Royo Latorre

## [el autor]

Pedro Antonio de Alarcón y Ariza nació en Guadix (Granada) el 10 de marzo de 1833, siendo el cuarto de diez hermanos. La situación económica de su familia condicionará sus estudios, debiendo ingresar en el Seminario y teniendo que abandonar, posteriormente, la carrera de Derecho.

En 1853 marcha a Cádiz para dirigir *El Eco de Occidente* y, de vuelta, forma parte de “La cuerda granadina” (agrupación bohemia literaria). Inicia su etapa revolucionaria fundando el periódico anticlerical y antimilitarista *La Redención* y, poco después, trasladándose a Madrid para colaborar en *El Látigo*, donde escribe diatribas antimonárquicas y anticlericales con los seudónimos de “El Zagal” y “El Hijo Pródigo”.

En 1857 se alista como voluntario en la Guerra de Marruecos y desde el frente envía puntualmente sus crónicas, recopiladas en *Diario de un testigo de la guerra de África*, lo que supondrá su consagración como periodista. Allí conoce a O’Donnell y pasa a militar en la Unión Liberal, el partido que antes había sido blanco de sus ataques. Es elegido diputado en 1864, situación que mantiene, no sin sobresaltos, hasta 1872, en que vuelve a su dedicación literaria.

En 1874 aparece la que es su obra maestra indiscutida, *El sombrero de tres picos*, y un año después, *El escándalo* donde se pasa a la defensa de los ideales religiosos.

Su último escrito conocido data de 1887, poco antes de sufrir el primero de los ataques de hemiplejia que acabarían con su vida el 19 de julio de 1891.

Pedro Antonio de Alarcón es autor de una treintena de relatos cortos entre los que se encuentran algunas de las piezas maestras del género.

*La mujer alta* (1881), relato con el que nuestro autor retorna al género fantástico, apunta a un protagonismo femenino que, a diferencia de la mayoría de las veces, provoca repulsión y temor. Porque miedo es lo que Telesforo, joven racionalista como el que más, ha sentido desde niño ante la presencia nocturna de una mujer sola, por la calle...

*El clavo* (1853) es quizá la obra más popular de Alarcón. Constantemente reeditado, llevado al cine y a la televisión, resulta familiar incluso a quienes no han leído ni una sola obra de Alarcón. Los amantes del género policiaco, del que este relato es pionero en España, podrán disfrutar siguiendo la peripecia azarosa de dos hombres y una mujer cuyas vidas van a entrecruzarse en un viaje en diligencia que se convertirá en un vaivén de encuentros y desencuentros que acabarán trágicamente.

En suma, se trata de dos obras cuya lectura no defraudará a quienes buscan, junto a la calidad literaria, una intriga bien urdida, mantenida con destreza de principio a fin, sin que un solo instante decaiga el interés.

[la obra]

**Colección *Una Galería de Lecturas Pendientes***

Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico  
© 2020 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico  
© de la edición anotada y posfacio: M<sup>a</sup> Dolores Royo Latorre  
Diseño: Carmen Piñar ; Maquetación: FJ Galiana  
ISBN 978-84-9959-359-3

Ilustración de cubierta: *Calavera en una cornisa*. Atribuido a Hercules Seghers,  
ca. 1625. Colección particular.

# índice

<b>LA MUJER ALTA</b> (Cuento de miedo)	9
Notas	36
<b>EL CLAVO</b> (Causa célebre)	39
Notas	116
UNAS PALABRAS SOBRE... <b>Dos relatos de Pedro Antonio de Alarcón: una “causa célebre” y un “cuento de miedo”</b> por María Dolores Royo Latorre	118
Notas	133
Bibliografía	135



# LA MUJER ALTA

(CUENTO DE MIEDO)<sup>1</sup>



## I

— ¡Qué sabemos! Amigos míos..., ¡qué sabemos! —exclamó Gabriel, distinguido ingeniero de Montes, sentándose debajo de un pino y cerca de una fuente, en la cumbre del Guadarrama, a legua y media de El Escorial, en el límite divisorio de las provincias de Madrid y Segovia; sitio y fuente y pino que yo conozco y me parece estar viendo, pero cuyo nombre se me ha olvidado—. Sentémonos, como es de rigor y está escrito..., en nuestro programa —continuó Gabriel—, a descansar y hacer por la vida en este ameno y clásico paraje, famoso por la virtud digestiva del agua de ese manantial y por los muchos borregos que aquí se han comido nuestros ilustres maestros don Miguel Bosch, don Máximo Laguna, don Agustín Pascual y otros grandes naturalistas; os contaré una rara y peregrina historia en comprobación de mi tesis..., reducida a manifestar, aunque me llaméis oscurantista, que en el globo terráqueo ocurren todavía cosas sobrenaturales: esto es, cosas que no caben en la cuadrícula de la razón, de la ciencia ni de la filosofía, tal y como hoy se entienden (o no se entienden) semejantes, palabras, palabras y palabras, que diría Hamlet...

Enderezaba Gabriel este pintoresco discurso a cinco sujetos de diferente edad, pero ninguno joven, y sólo uno entrado ya en años; también ingenieros de Montes tres de ellos, pintor el cuarto y un poco literato el quinto; todos los cuales habían subido con el orador, que era el más pollo, en sendas burras de alquiler, desde el Real Sitio de San Lorenzo, a pasar aquel día herborizando en los hermosos pinares de Peguerinos, cazando mariposas por medio de mangas de tul, cogiendo coleópteros raros bajo la corteza de los pinos enfermos y comiéndose una carga de víveres fiambres pagados a escote.

Sucedía esto en 1875, y era en el rigor del estío; no recuerdo si el día de Santiago o el de San Luis... Inclínome a creer el de San Luis<sup>2</sup>. Como quiera que fuese, gozábase en aquellas alturas de un fresco delicioso, y el corazón, el estómago y la inteligencia funcionaban allí mejor que en el mundo social y la vida ordinaria...

Sentado que se hubieron los seis amigos, Gabriel continuó hablando de esta manera:

— Creo que no me tacharéis de visionario... Por fortuna o desgracia mía, soy, digámoslo así, un hombre a la moderna, nada supersticioso, y tan positivista como el que más, bien que incluya entre los datos positivos de la Naturaleza todas las misteriosas facultades y emociones de mi alma en materias de sentimiento... Pues bien: a propósito de fenómenos sobrenaturales o extranaturales, oíd lo que yo he oído y ved lo que yo he visto, aun sin ser el verdadero héroe de la singularísima historia que voy a contar; y decidme en seguida qué explicación terrestre, física, natural, o como queramos llamarla, puede darse a tan maravilloso acontecimiento.

El caso fue como sigue... ¡A ver! ¡Echad una gota, que ya se habrá refrescado el pellejo dentro de esa bullidora y cristalina fuente, colocada por Dios en esta pinífera cumbre para enfriar el vino de los botánicos!<sup>3</sup>

## II

— Pues, señor, no sé si habréis oído hablar de un ingeniero de Caminos llamado Telesforo X..., que murió en 1860...

— Yo no...

— ¡Yo sí!

— Yo también: un muchacho andaluz, con bigote negro, que estuvo para casarse con la hija del marqués de Moreda..., y que murió de ictericia...

— ¡Ése mismo! —continuó Gabriel—. Pues bien: mi amigo Telesforo, medio año antes de su muerte, era todavía un joven brillantísimo, como se dice ahora. Guapo, fuerte, animoso, con la aureola de haber sido el primero de su promoción en la Escuela de Caminos, y acreditado ya en la práctica por la ejecución de notables trabajos, disputábansele varias empresas particulares en aquellos años de oro de las obras públicas, y también se lo disputaban las

mujeres por casar o mal casadas, y, por supuesto, las viudas impenitentes, y entre ellas alguna muy buena moza que... Pero la tal viuda no viene ahora a cuento, pues a quien Telesforo quiso con toda formalidad fue a su citada novia, la pobre Joaquinita Moreda, y lo otro no pasó de un amorío puramente usufructuario...

— ¡Señor don Gabriel, al orden!

— Sí..., sí, voy al orden, pues ni mi historia ni la controversia pendiente se prestan a chanzas ni donaires. Juan, échame otro medio vaso... ¡Bueno está de verdad este vino! Conque atención y poneos serios, que ahora comienza lo luctuoso.

Sucedió, como sabréis los que la conocisteis, que Joaquina murió de repente en los baños de Santa Águeda al fin del verano de 1859... Hallábame yo en Pau cuando me dieron tan triste noticia, que me afectó muy especialmente por la íntima amistad que me unía a Telesforo... A ella sólo le había hablado una vez, en casa de su tía la Generala López, y por cierto que aquella palidez azulada, propia de las personas que tienen una aneurisma, me pareció desde luego indicio de mala salud... Pero, en fin, la muchacha valía cualquier cosa por su distinción, hermosura y garbo; y como además era hija única de título, y de título que llevaba anejos algunos millones, conocí que mi buen matemático estaría inconsolable... Por consiguiente, no bien me hallé de regreso en Madrid, a los quince o veinte días de su desgracia, fui a verlo una mañana muy temprano a su elegante habitación de mozo de casa abierta y de jefe de oficina, calle del Lobo... No recuerdo el número, pero sí que era muy cerca de la Carrera de San Jerónimo.

Contristadísimo, bien que grave y en apariencia dueño de su dolor, estaba el joven ingeniero trabajando ya a aquella hora con sus ayudantes en no sé qué proyecto de ferrocarril, y vestido de riguroso luto. Abrazome estrechísimamente y por largo rato,

sin lanzar ni el más leve suspiro; dio en seguida algunas instrucciones sobre el trabajo pendiente a uno de sus ayudantes, y condújome, en fin, a su despacho particular, situado al extremo opuesto de la casa, diciéndome por el camino con acento lúgubre y sin mirarme:

- Mucho me alegro de que hayas venido... Varias veces te he echado de menos en el estado en que me hallo... Ocúrreme una cosa muy particular y extraña, que sólo un amigo como tú podría oír sin considerarme imbécil o loco) y acerca de la cual necesito oír alguna opinión serena y fría como la ciencia... Siéntate... —prosiguió diciendo, cuando hubimos llegado a su despacho—, y no temas en manera alguna que vaya a angustiarte describiéndote el dolor que me aflige, y que durará tanto como mi vida... ¿Para qué? ¡Tú te lo figurarás fácilmente a poco que entiendas de cuitas humanas, y yo no quiero ser consolado ni ahora, ni después, ni nunca! De lo que te voy a hablar con la detención que requiere el caso, o sea tomando el asunto desde su origen, es de una circunstancia horrenda y misteriosa que ha servido como de agüero infernal a esta desventura, y que tiene conturbado mi espíritu hasta un extremo que te dará espanto...
- ¡Habla! —respondí yo, comenzando a sentir, en efecto, no sé qué arrepentimiento de haber entrado en aquella casa, al ver la expresión de cobardía que se pintó en el rostro de mi amigo.
- Oye... —repuso él, enjugándose la sudorosa frente.



### III

No sé si por fatalidad innata de mi imaginación, o por vicio adquirido al oír alguno de aquellos cuentos de vieja con que tan imprudentemente se asusta a los niños en la cuna, el caso es que desde mis tiernos años no hubo cosa que me causase tanto horror y susto, ya me la figurara mentalmente, ya me la encontrase en realidad, como una mujer sola, en la calle, a las altas horas de la noche.

Te consta que nunca he sido cobarde. Me batí en duelo, como cualquier hombre decente, cierta vez que fue necesario, y recién salido de la Escuela de Ingenieros, cerré a palos y a tiros en Despeñaperros con mis sublevados peones, hasta que los reduje a la obediencia. Toda mi vida, en Jaén, en Madrid y en otros varios puntos, he andado a deshora por la calle, solo, sin armas, atento únicamente al cuidado amoroso que me hacía velar, y si por acaso he topado con bultos de mala catadura, fueran ladrones o simples perdonavidas, a ellos les ha tocado huir o echarse a un lado, dejándome libre el mejor camino... Pero si el bulto era una mujer sola, parada o andando, y yo iba también solo, y no se veía más alma viviente por ningún lado... entonces (ríete

si se te antoja, pero créeme) poníaseme carne de gallina; vagos temores asaltaban mi espíritu; pensaba en almas del otro mundo, en seres fantásticos, en todas las invenciones supersticiosas que me hacían reír en cualquier otra circunstancia, y apretaba el paso, o me volvía atrás, sin que ya se me quitara el susto ni pudiera distraerme ni un momento hasta que me veía dentro de mi casa.

Una vez en ella, echábame también a reír y avergonzábame de mi locura, sirviéndome de alivio el pensar que no la conocía nadie. Allí me daba cuenta fríamente de que, pues yo no creía en duendes, ni en brujas, ni en aparecidos, nada había debido temer de aquella flaca hembra, a quien la miseria, el vicio o algún accidente desgraciado tendrían a tal hora fuera de su hogar, y a quien mejor me hubiera estado ofrecer auxilio por si lo necesitaba, o dar limosna si me la pedía... Repetíase, con todo, la deplorable escena cuantas veces se me presentaba otro caso igual, ¡y cuenta que ya tenía yo veinticinco años, muchos de ellos de aventurero nocturno, sin que jamás me hubiese ocurrido lance alguno penoso con las tales mujeres solitarias y trasnochadoras!... Pero, en fin, nada de lo dicho llegó nunca a adquirir verdadera importancia, pues aquel pavor irracional se me disipaba siempre tan luego como llegaba a mi casa o veía otras personas en la calle, y ni tan siquiera lo recordaba a los pocos minutos, como no se recuerdan las equivocaciones o necedades sin fundamento ni consecuencia.

Así las cosas, hace muy cerca de tres años... (desgraciadamente, tengo varios motivos para poder fijar la fecha: ¡la noche del 15 al 16 de noviembre de 1857), volvía yo, a las tres de la madrugada, a aquella casita de la calle de Jardines, cerca de la calle de la Montera, en que recordarás viví por entonces... Acababa de salir, a hora tan avanzada, y con un tiempo feroz de viento y frío, no de ningún nido amoroso, sino de... (te lo diré, aunque te sorprenda), de una especie de casa de juego, no conocida bajo este nombre por la policía, pero donde ya se habían arruinado muchas gentes, y a la cual me habían llevado a mí aquella noche por primera... y última vez. Sabes

que nunca he sido jugador; entré allí engañado por un mal amigo, en la creencia de que todo iba a reducirse a trabar conocimiento con ciertas damas elegantes, de virtud equívoca (demi-monde puro), so pretexto de jugar algunos maravedises al Enano, en mesa redonda, con faldas de bayeta; y el caso fue que a eso de las doce comenzaron a llegar nuevos tertulios, que iban del teatro Real o de salones verdaderamente aristocráticos, y mudose de juego, y salieron a relucir monedas de oro, después billetes y luego bonos escritos con lápiz, y yo me enfrasqué poco a poco en la selva oscura del vicio, llena de fiebres y tentaciones, y perdí todo lo que llevaba, y todo lo que poseía, y aun quedé debiendo un dineral... con el pagaré correspondiente. Es decir, que me arruiné por completo, y que, sin la herencia y los grandes negocios que tuve en seguida, mi situación hubiera sido muy angustiosa y apurada.

Volvía yo, digo, a mi casa aquella noche, tan a deshora, yerto de frío, hambriento, con la vergüenza, y el disgusto que puedes suponer, pensando, más que en mí mismo, en mi anciano y enfermo padre, a quien tendría que escribir pidiéndole dinero, lo cual no podría menos de causarle tanto dolor como asombro, pues me consideraba en muy buena y desahogada posición..., cuando, a poco de penetrar en mi calle por el extremo que da a la de Peligros, y al pasar por delante de una casa recién construida de la acera que yo llevaba, advertí que en el hueco de su cerrada puerta estaba de pie, inmóvil y rígida, como si fuese de palo, una mujer muy alta y fuerte, como de sesenta años de edad, cuyos malignos y audaces ojos sin pestañas se clavaron en los míos como dos puñales, mientras que su desdentada boca me hizo una mueca horrible por vía de sonrisa...

El propio terror o delirante miedo que se apoderó de mí instantáneamente diome no sé qué percepción maravillosa para distinguir de golpe, o sea en dos segundos que tardaría en pasar rozando con aquella repugnante visión, los pormenores más ligeros de su figura y de su traje... Voy a ver si coordino mis impresiones del modo y forma que las recibí, y tal y como se grabaron para siempre en mi cerebro a la mortecina

luz del farol que alumbró con infernal relámpago tan fatídica escena...

Pero me excito demasiado, ¡aunque no sin motivo, como verás más adelante! Descuida, sin embargo, por el estado de mi razón... —¡Todavía no estoy loco!

Lo primero que me chocó en aquella que denominaré mujer fue su elevadísima talla y la anchura de sus descarnados hombros; luego, la redondez y fijeza de sus marchitos ojos de búho, la enormidad de su saliente nariz y la gran mella central de su dentadura, que convertía su boca en una especie de oscuro agujero, y, por último, su traje de mozuela del Avapiés, el pañolito nuevo de algodón que llevaba a la cabeza, atado debajo de la barba, y un diminuto abanico abierto que tenía en la mano, y con el cual se cubría, afectando pudor, el centro del talle.

¡Nada más ridículo y tremendo, nada más irrisorio y sarcástico que aquel abaniquillo en unas manos tan enormes, sirviendo como de cetro de debilidad a gigante tan fea, vieja y huesuda! Igual efecto producía el pañoletaje de vistoso percal que adornaba su cara, comparado con aquella nariz de tajamar, aguileña, masculina, que me hizo creer un momento (no sin regocijo) si se trataría de un hombre disfrazado... Pero su cínica mirada y asquerosa sonrisa eran de vieja, de bruja, de hechicera, de Parca..., ¡no sé de qué! ¡De algo que justificaba plenamente la aversión y el susto que me habían causado toda mi vida las mujeres que andaban solas, de noche, por la calle!... ¡Dijérase que, desde la cuna, había presentido yo aquel encuentro! ¡Dijérase que lo temía por instinto, como cada ser animado teme y adivina, y ventea, y reconoce a su antagonista natural antes de haber recibido de él ninguna ofensa, antes de haberlo visto, sólo con sentir sus pisadas!

No eché a correr en cuanto vi a la esfinge de mi vida, menos por vergüenza o varonil decoro, que por temor a que mi propio miedo le revelase quién era yo, o le diese alas para seguirme, para acometerme, para... ¡no sé! ¡Los peligros que sueña el pánico no tienen forma ni nombre traducibles!

Mi casa estaba al extremo opuesto de la prolongada y angosta calle en que me hallaba yo solo, enteramente solo con aquella misteriosa estantigua, a quien creía capaz de aniquilarme con una palabra... ¿Qué hacer para llegar hasta allí? ¡Ah! ¡Con qué ansia veía a lo lejos la anchurosa y muy alumbrada calle de la Montera, donde a todas horas hay agentes de la autoridad!

Decidí, pues, sacar fuerzas de flaqueza; disimular y ocultar aquel pavor miserable; no acelerar el paso, pero ganar siempre terreno, aun a costa de años de vida y de salud, y de esta manera poco a poco,irme acercando a mi casa, procurando muy especialmente no caerme antes redondo al suelo.

Así caminaba...; así habría andado ya lo menos veinte pasos desde que dejé atrás la puerta en que estaba escondida la mujer del abanico, cuando de pronto me ocurrió una idea horrible, espantosa, y, sin embargo, muy racional: ¡la idea de volver la cabeza a ver si me seguía mi enemiga!

— Una de dos... (pensé con la rapidez del rayo): o mi terror tiene fundamento o es una locura; si tiene fundamento, esa mujer habrá echado detrás de mí, estará alcanzándome y no hay salvación para mí en el mundo... Y si es una locura, una aprensión, un pánico como cualquier otro, me convenceré de ello en el presente caso y para todos los que me ocurran, al ver que esa pobre anciana se ha quedado en el hueco de aquella puerta preservándose del frío o esperando a que le abran; con lo cual yo podré seguir marchando hacia mi casa muy tranquilamente y me habré curado de una manía que tanto me abochorna.

Formulado este razonamiento, hice un esfuerzo extraordinario y volví la cabeza.

¡Ah! ¡Gabriel! ¡Gabriel! ¡Qué desventura! ¡La mujer alta me había seguido con sordos pasos, estaba encima de mí, casi me tocaba con el abanico, casi asomaba su cabeza sobre mi hombro!

¿Por qué? ¿Para qué, Gabriel mío? ¿Era una ladrona? ¿Era efectivamente un hombre disfrazado? ¿Era una vieja irónica, que había comprendido que le tenía miedo? ¿Era el espectro de mi propia cobardía? ¿Era el fantasma burlón de las decepciones y deficiencias humanas?

¡Interminable sería decirte todas las cosas que pensé en un momento! El caso fue que di un grito y salí corriendo como un niño de cuatro años que juzga ver al coco y que no dejó de correr hasta que desemboqué en la calle de la Montera...

Una vez allí, se me quitó el miedo como por ensalmo. ¡Y eso que la calle de la Montera estaba también sola! Volví, pues, la cabeza hacia la de Jardines, que enfilaba en toda su longitud, y que estaba suficientemente alumbrada por sus tres faroles y por un reverbero de la calle de Peligros, para que no se me pudiese oscurecer la mujer alta si por acaso había retrocedido en aquella dirección, y ¡vive el cielo que no la vi parada, ni andando, ni en manera alguna!

Con todo, guardéme muy bien de penetrar de nuevo en mi calle.

— ¡Esa bribona —me dije— se habrá metido en el hueco de otra puerta!... Pero mientras sigan alumbrando los faroles no se moverá sin que yo no lo note desde aquí...

En esto vi aparecer a un sereno por la calle del Caballero de Gracia, y lo llamé sin desviarme de mi sitio: díjele, para justificar la llamada y excitar su celo, que en la calle de Jardines había un hombre vestido de mujer; que entrase en dicha calle por la de Peligros, a la cual debía dirigirse por la de la Aduana; que yo permanecería quieto en aquella otra salida y que con tal medio no podría escapársenos el que a todas luces era un ladrón o un asesino.

Obedeció el sereno; tomó por la calle de la Aduana, y cuando yo vi avanzar su farol por el otro lado de la de Jardines, penetré también en ella resueltamente.

Pronto nos reunimos en su promedio, sin que ni el uno ni el otro hubiésemos encontrado a nadie, a pesar de haber registrado puerta por puerta.

— Se habrá metido en alguna casa... —dijo el sereno.

— ¡Eso será! —respondí yo abriendo la puerta de la mía, con firme resolución de mudarme a otra calle al día siguiente.

Pocos momentos después hallábame dentro de mi cuarto tercero, cuyo picaporte llevaba también siempre conmigo, a fin de no molestar a mi buen criado José.

¡Sin embargo, éste me aguardaba aquella noche! ¡Mis desgracias del 15 al 16 de Noviembre no habían concluido!

— ¿Qué ocurre? —le pregunté con extrañeza.

— Aquí ha estado —me respondió visiblemente conmovido—, esperando a usted desde las once hasta las dos y media, el señor comandante Falcón; y me ha dicho que, si venía usted a dormir a casa, no se desnudase, pues él volvería al amanecer...

Semejantes palabras me dejaron frío de dolor y espanto, cual si me hubieran notificado mi propia muerte... Sabedor yo de que mi amadísimo padre, residente en Jaén, padecía aquel invierno frecuentes y peligrosísimos ataques de su crónica enfermedad, había escrito a mis hermanos que en el caso de un repentino desenlace funesto telegrafiasen al comandante Falcón, el cual me daría la noticia de la manera más conveniente... ¡No me cabía, pues, duda de que mi padre había fallecido!

Senteme en una butaca a esperar el día y a mi amigo, y con ellos la noticia oficial de tan grande infortunio, y ¡Dios sólo sabe cuánto padecí en aquellas dos horas de cruel expectativa, durante las cuales (y es lo que tiene relación con la presente historia) no podía separar en mi mente tres ideas distintas, y al parecer heterogéneas,

que se empeñaban en formar monstruoso y tremendo grupo: mi pérdida al juego, el encuentro con la mujer alta y la muerte de mi honrado padre!

A las seis en punto penetró en mi despacho el comandante Falcón, y me miró en silencio... Arrojeme en sus brazos llorando desconsoladamente, y él exclamó acariciándome:

— ¡Llora, sí, hombre, llora! ¡Y ojalá ese dolor pudiera sentirse muchas veces!

#### IV

- Mi amigo Telesforo —continuó Gabriel después que hubo apurado otro vaso de vino— descansó también un momento al llegar a este punto, y luego prosiguió en los términos siguientes:
- Si mi historia terminara aquí, acaso no encontrarías nada de extraordinario ni sobrenatural en ella, y podrías decirme lo mismo que por entonces me dijeron dos hombres de mucho juicio a quienes se la conté: que cada persona de viva y ardiente imaginación tiene su terror pánico; que el mío, eran las trasnochadoras solitarias, y que la vieja de la calle de Jardines no pasaría de ser una pobre sin casa ni hogar, que iba a pedirme limosna cuando yo lancé el grito y salí corriendo, o bien una repugnante Celestina de aquel barrio, no muy católico en materia de amores...

También quise creerlo yo así; también lo llegué a creer al cabo de algunos meses; no obstante lo cual hubiera dado entonces años de vida por la seguridad de no volver

a encontrarme a la mujer alta. ¡En cambio, hoy daría toda mi sangre por encontrarla de nuevo!

— ¿Para qué?

— ¡Para matarla en el acto!

— No te comprendo...

— Me comprenderás si te digo que volví a tropezar con ella hace tres semanas, pocas horas antes de recibir la nueva fatal de la muerte de mi pobre Joaquina...

— Cuéntame..., cuéntame...

— Poco más tengo que decirte. Eran las cinco de la madrugada; volvía yo de pasar la última noche, no diré de amor, sino de amarguísimos lloros y desgarradora contienda, con mi antigua querida la viuda de T..., ¡de quien érame ya preciso separarme por haberse publicado mi casamiento con la otra infeliz a quien estaban enterrando en Santa Águeda a aquella misma hora!

Todavía no era día completo; pero ya clareaba el alba en las calles enfiladas hacia Oriente. Acababan de apagar los faroles, y habíanse retirado los serenos, cuando, al ir a cortar la calle del Prado, o sea a pasar de una a otra sección de la calle del Lobo, cruzó por delante de mí, como viniendo de la plaza de las Cortes y dirigiéndose a la de Santa Ana, la espantosa mujer de la calle de Jardines.

No me miró, y creí que no me había visto... Llevaba la misma vestimenta y el mismo abanico que hace tres años... ¡Mi azoramiento y cobardía fueron mayores que nunca! Corté rapidísimamente la calle del Prado, luego que ella pasó, bien que sin quitarle ojo, para asegurarme que no volvía la cabeza, y cuando hube penetrado en la otra sección de la calle del Lobo, respiré como si acabara de pasar a nado una

impetuosa corriente, y apresuré de nuevo mi marcha hacia acá con más regocijo que miedo, pues consideraba vencida y anulada a la odiosa bruja, en el mero hecho de haber estado tan próximo de ella sin que me viese...

De pronto, y cerca ya de esta mi casa, acometióme como un vértigo de terror pensando en si la muy taimada vieja me habría visto y conocido; en si se habría hecho la desentendida para dejarme penetrar en la todavía obscura calle del Lobo y asaltarme allí impunemente; en si vendría tras de mí; en si ya la tendría encima...

Vuélvome en esto..., y ¡allí estaba! ¡Allí, a mi espalda, casi tocándome con sus ropas, mirándome con sus viles ojuelos, mostrándome la asquerosa mella de su dentadura, abanicándose irrisoriamente, como si se burlara de mi pueril espanto!...

Pasé del terror a la más insensata ira, a la furia salvaje de la desesperación, y arrojeme sobre el corpulento vejestorio; tirelo contra la pared, echándole una mano a la garganta, y con la otra, ¡qué asco!, púsemme a palpar su cara, su seno, el lío ruin de sus cabellos rucios, hasta que me convencí juntamente de que era criatura humana y mujer...

Ella había lanzado entretanto un aullido ronco y agudo al propio tiempo, que me pareció falso, o fingido, como expresión hipócrita de un dolor y de un miedo que no sentía, y luego exclamó, haciendo como que lloraba, pero sin llorar, antes bien mirándome con ojos de hiena:

— ¿Por qué la ha tomado usted conmigo?

Esta frase aumentó mi pavor y debilitó mi cólera.

— ¡Luego usted recuerda —grité— haberme visto en otra parte!

— ¡Ya lo creo, alma mía! —respondió sardónicamente—. ¡La noche de San Eugenio, en la calle de Jardines, hace tres años!...

Sentí frío dentro de los tuétanos.

— Pero, ¿quién es usted? —le dije sin soltarla—. ¿Por qué corre detrás de mí?  
¿Qué tiene usted que ver conmigo?

— Yo soy una débil mujer... —contestó diabólicamente—. ¡Usted me odia y me teme sin motivo!... Y si no, dígame usted, señor caballero: ¿por qué se asustó de aquel modo la primera vez que me vio?

— ¡Porque la aborrezco a usted desde que nací! ¡Porque es usted el demonio de mi vida!

— ¿De modo que usted me conocía hace mucho tiempo? ¡Pues mira, hijo, yo también a ti!

— ¡Usted me conocía! ¿Desde cuándo?

— ¡Desde antes que nacieras! Y cuando te vi pasar junto a mí hace tres años, me dije a mí misma: “¡Éste es!”.

— Pero ¿quién soy yo para usted? ¿Quién es usted para mí?

— ¡El demonio! —respondió la vieja escupiéndome en mitad de la cara, librándose de mis manos y echando a correr velocísimamente con las faldas levantadas hasta más arriba de las rodillas y sin que sus pies moviesen ruido alguno al tocar la tierra...

¡Locura intentar alcanzarla!... Además, por la Carrera de San Jerónimo pasaba ya alguna gente, y por la calle del Prado también. Era completamente de día. La mujer alta siguió corriendo, o volando, hasta la calle de las Huertas, alumbrada ya por el sol; parose allí a mirarme; amenazome una y otra vez esgrimiendo el abaniquillo cerrado, y desapareció detrás de una esquina...

¡Espera otro poco, Gabriel! ¡No falles todavía este pleito, en que se juegan mi alma y mi vida! ¡Óyeme dos minutos más!

Cuando entré en mi casa me encontré con el coronel Falcón, que acababa de llegar para decirme que mi Joaquina, mi novia, toda mi esperanza de dicha y ventura sobre la tierra, ¡había muerto el día anterior en Santa Águeda! El desgraciado padre se lo había teleografiado a Falcón para que me lo dijese... ¡a mí, que debí haberlo adivinado una hora antes, al encontrarme al demonio de mi vida! ¿Comprendes ahora que necesito matar a la enemiga innata de mi felicidad, a esa inmundia vieja, que es como el sarcasmo viviente de mi destino?

Pero ¿qué digo matar? ¿Es mujer? ¿Es criatura humana? ¿Por qué la he presentido desde que nací? ¿Por qué me reconoció al verme? ¿Por qué no se me presenta sino cuando me ha sucedido alguna gran desdicha? ¿Es Satanás? ¿Es la Muerte? ¿Es la Vida? ¿Es el Anticristo? ¿Quién es? ¿Qué es?...



V

- Os hago gracia, mis queridos amigos —continuó Gabriel—, de las reflexiones y argumentos que emplearía yo para ver de tranquilizar a Telesforo; pues son los mismos, mismísimos, que estáis vosotros preparando ahora para demostrarme que en mi historia no pasa nada sobrenatural o sobrehumano... Vosotros diréis que mi amigo estaba medio loco; que lo estuvo siempre; que, cuando menos, padecía la enfermedad moral llamada por unos terror pánico y por otros delirio emotivo; que, aun siendo verdad todo lo que refería acerca de la mujer alta, habría que atribuirlo a coincidencias casuales de fechas y accidentes; y, en fin, que aquella pobre vieja podía también estar loca, o ser una ratera o una mendiga, o una zurcidora de voluntades, como se dijo a sí propio el héroe de mi cuento en un intervalo de lucidez y buen sentido...
- ¡Admirable suposición! —exclamaron los camaradas de Gabriel en variedad de formas—. ¡Eso mismo íbamos a contestarte nosotros!

- Pues escuchad todavía unos momentos y veréis que yo me equivoqué entonces, como vosotros os equivocáis ahora. ¡El que desgraciadamente no se equivocó nunca fue Telesforo! ¡Ah! ¡Es mucho más fácil pronunciar la palabra locura que hallar explicación a ciertas cosas que pasan en la Tierra!
- ¡Habla! ¡Habla!
- Voy allá; y esta vez, por ser ya la última, reanudaré el hilo de mi historia sin beberme antes un vaso de vino.

## VI

A los pocos días de aquella conversación con Telesforo, fui destinado a la provincia de Albacete en mi calidad de ingeniero de Montes, y no habían transcurrido muchas semanas cuando supe, por un contratista de obras públicas, que mi infeliz amigo había sido atacado de una horrorosa ictericia; que estaba enteramente verde, postrado en un sillón, sin trabajar ni querer ver a nadie, llorando de día y de noche con inconsolable amargura, y que los médicos no tenían ya esperanza alguna de salvarlo. Comprendí entonces por qué no contestaba a mis cartas, y hube de reducirme a pedir noticias suyas al coronel Falcón, que cada vez me las daba mas desfavorables y tristes...

Después de cinco meses de ausencia, regresé a Madrid el mismo día que llegó el parte telegráfico de la batalla de Tetuán. Me acuerdo como de lo que hice ayer. Aquella noche compré la indispensable Correspondencia de España, y lo primero que leí en ella fue la noticia de que Telesforo había fallecido y la invitación a su entierro para la mañana siguiente.

Comprenderéis que no falté a la triste ceremonia. Al llegar al cementerio de San Luis, adonde fui en uno de los coches más próximos al carro fúnebre, llamó mi atención una mujer del pueblo, vieja, y muy alta, que se reía impiamente al ver bajar el féretro, y que luego se colocó en ademán de triunfo delante de los enterradores, señalándoles con un abanico muy pequeño la galería que debían seguir para llegar a la abierta y ansiosa tumba...

A la primera ojeada reconocí, con asombro y pavora, que era la implacable enemiga de Telesforo, tal y como él me la había retratado, con su enorme nariz, con sus infernales ojos, con su asquerosa mella, con su pañolejo de percal y con aquel diminuto abanico, que parecía en sus manos el cetro del impudor y de la mofa...

Instantáneamente reparó en que yo la miraba, y fijó en mí la vista de un modo particular como reconociéndome, como dándose cuenta de que yo la reconocía, como enterada de que el difunto me había contado las escenas de la calle de Jardines y de la del Lobo, como desafiándome, como declarándome heredero del odio que había profesado a mi infortunado amigo...

Confieso que entonces mi miedo fue superior a la maravilla que me causaban aquellas nuevas coincidencias o casualidades. Veía patente que alguna relación sobrenatural anterior a la vida terrena había existido entre la misteriosa vieja y Telesforo; pero en tal momento solo me preocupaba mi propia vida, mi propia alma, mi propia ventura, que correrían peligro si llegaba a heredar semejante infortunio...

La mujer alta se echó a reír, y me señaló ignominiosamente con el abanico, cual si hubiese leído en mi pensamiento y denunciase al público mi cobardía... Yo tuve que apoyarme en el brazo de un amigo para no caer al suelo, y entonces ella hizo un ademán compasivo o desdeñoso, giró sobre los talones y penetró en el campo santo con la cabeza vuelta hacia mí, abanicándose y saludándome a un propio tiempo, y contoneándose entre los muertos con no sé qué infernal coquetería, hasta que, por

último, desapareció para siempre en aquel laberinto de patios y columnatas llenos de tumbas...

Y digo para siempre, porque han pasado quince años y no he vuelto a verla... Si era criatura humana, ya debe de haber muerto, y si no lo era, tengo la seguridad de que me ha desdeñado...

¡Conque vamos a cuentas! ¡Decidme vuestra opinión acerca de tan curiosos hechos!  
¿Los consideraréis todavía naturales?

...

Ocioso fuera que yo, el autor del cuento o historia que acabáis de leer, estampase aquí las contestaciones que dieron a Gabriel sus compañeros y amigos, puesto que, al fin y a la postre, cada lector habrá de juzgar el caso según sus propias sensaciones y creencias...

Prefiero, por consiguiente, hacer punto final en este párrafo, no sin dirigir el más cariñoso y expresivo saludo a cinco de los seis expedicionarios que pasaron juntos aquel inolvidable día en las frondosas cumbres del Guadarrama.

Valdemoro, 25 de agosto de 1881.

## NOTAS A LA MUJER ALTA

<sup>1</sup> La carrera de Alarcón como cuentista concluye en 1882 con la publicación de este relato en La Ilustración Artística de Barcelona. Muy poco después, el mismo año, es incluido en la colección Narraciones inverosímiles.

Alarcón, como tantas otras veces, confirma la veracidad parcial del asunto en Historia de mis libros (1884): “En La mujer alta, desde las primeras líneas del relato hasta el final del segundo encuentro de Telesforo con la horrible vieja, no se refiere ni un solo pormenor que no sea la propia realidad. Lo atestiguo con todo el pavor que puede sentir el alma humana”. Ciertamente, el relato podría también provenir de la tradición oral, al igual que El amigo de la Muerte, el otro cuento fantástico de nuestro autor, que afirmaba al respecto haber escuchado la historia de labios de su abuela siendo niño. La posibilidad del origen folclórico de La mujer alta vendría acaso reforzada por unas palabras de Telesforo al comienzo del capítulo III:

“No sé si por fatalidad innata de mi imaginación, o por vicio adquirido al oír algunos de aquellos cuentos de vieja con que tan imprudentemente se asusta a los niños en la cuna...”

No obstante, y pese a la carencia de investigaciones profundas sobre las fuentes de los relatos alarcónianos, la mayoría de los estudiosos que tocan, tangencialmente, el tema, en lo relativo a La mujer alta coinciden en la propuesta de orígenes literarios y en la exclusiva mención de dos nombres: Hoffmann y Poe, maestros ambos del género fantástico y bien conocidos por Pedro Antonio de Alarcón, que fue precisamente el introductor de la obra de Poe en España con un artículo, Edgar Poe, publicado en La Época el 1 de septiembre de 1858.

<sup>2</sup> Es posible que haya en este episodio un trasfondo autobiográfico, ya que por esas fechas Alarcón veraneaba con su familia en El Escorial, donde precisamente el 10 de junio de ese mismo año había fallecido uno de sus hijos.

<sup>3</sup> Las reiteradas menciones del vino a lo largo del relato (en los capítulos II, IV y V) evocan la práctica habitual en los juglares medievales de solicitar, como recompensa a su trabajo, un vaso de vino. Rivalizando tácitamente con ellos, el maestro riojano Gonzalo de Berceo, máximo exponente del “mester de clerecía” en el siglo XIII, pediría también, al comienzo de la Vida de Santo Domingo de Silos, “un vaso de bon vino” en premio a su esfuerzo.





EL CLAVO

(CAUSA CÉLEBRE)<sup>1</sup>



## I

### El número 1

Lo que más ardientemente desea todo el que pone el pie en el estribo de una diligencia para emprender un largo viaje, es que los compañeros que le toquen en suerte sean de amena conversación y tengan sus mismos gustos, sus mismos vicios, pocas impertinencias, buena educación y una franqueza que no raye en familiaridad.

Porque, como ya han dicho y demostrado Larra, Kock, Soulié y otros escritores de costumbres, es asunto muy serio esa improvisada e íntima reunión de dos o más personas que nunca se han visto, ni quizás han de volver a verse sobre la tierra, y destinadas, sin embargo, por un capricho del azar, a codearse dos o tres días, a almorzar, comer y cenar juntas, a dormir una encima de otra, a manifestarse, en fin, recíprocamente con ese abandono y confianza que no concedemos ni aun a nuestros mayores amigos; esto es, con los hábitos y flaquezas de casa y de familia.

Al abrir la portezuela acuden tumultuosos temores a la imaginación. Una vieja con asma, un fumador de mal tabaco, una fea que no tolere el humo del bueno, una no-

driza que se maree de ir en carruaje, angelitos que lloren y demás, un hombre grave que ronque, una venerable matrona que ocupe asiento y medio, un inglés que no hable el español (supongo que vosotros no habláis el inglés), tales son, entre otros, los tipos que teméis encontrar <sup>2</sup>.

Alguna vez acariciáis la dulce esperanza de hallaros con una hermosa compañera de viaje; por ejemplo, con una viudita de veinte a treinta años (y aun de treinta y seis) con quien sobrellevar a medias las molestias del camino; pero no bien os ha sonreído esta idea, cuando os apresuráis a desecharla melancólicamente, considerando que tal ventura sería demasiada para un simple mortal en este valle de lágrimas y despropósitos.

Con tan amargos recelos ponía yo el pie en el estribo de la berlina de la diligencia de Granada a Málaga, a las once menos cinco minutos de una noche del otoño de 1844; noche oscura y tempestuosa, por más señas.

Al penetrar en el coche, con el billete número 2 en el bolsillo, mi primer pensamiento fue saludar a aquel incógnito número 1 ,que me traía inquieto antes de serme conocido.

Es de advertir que el tercer asiento de la berlina no estaba tomado, según confesión del mayoral en jefe.

— ¡Buenas noches! —dije, no bien me senté, enfilando la voz hacia el rincón en que suponía a mi compañero de jaula.

Un silencio tan profundo como la oscuridad reinante siguió a mis buenas noches.

— ¡Diantre! —pensé—: ¿Si será sordo..., o sorda, mi epiceno cofrade?»

Y alzando más la voz, repetí:

— ¡Buenas noches!

Igual silencio sucedió a mi segunda salutación.

— ¿Si será mudo? —me dije entonces.

A todo esto, la diligencia había echado a andar, digo, a correr, arrastrada por diez briosos caballos.

Mi perplejidad subía de punto.

¿Con quién iba? ¿Con un varón? ¿Con una hembra? ¿Con una vieja? ¿Con una joven? —¿Quién, quién era aquel silencioso número 1?

Y, fuera quien fuese, ¿por qué callaba? ¿Por qué no respondía a mi saludo? ¿Estaría ebrio? ¿Se habría dormido? ¿Se habría muerto? ¿Sería un ladrón?...

Era cosa de encender luz. Pero yo no fumaba entonces, y no tenía fósforos...

¿Qué hacer?

Por aquí iba en mis reflexiones, cuando se me ocurrió apelar al sentido del tacto, pues que tan ineficaces eran el de la vista y el del oído...

Con más tiento, pues, que emplea un pobre diablo para robarnos el pañuelo en la Puerta del Sol, extendí la mano derecha hacia aquel ángulo del coche.

Mi dorado deseo era tropezar con una falda de seda, o de lana, y aun de percal...

Avancé, pues...

¡Nada!

Avancé más; extendí todo el brazo...

¡Nada!

Avancé de nuevo; palpé con entera resolución en un lado, en otro, en los cuatro rincones, debajo de los asientos, en las correas del techo...

¡Nada..., nada!

En este momento brilló un relámpago (ya he dicho que había tempestad), y a su luz sulfúrea vi... ¡que iba completamente solo!

Solté una carcajada, burlándome de mí mismo, y precisamente en aquel instante se detuvo la diligencia.

Estábamos en el primer relevo.

Ya me disponía a preguntarle al mayoral por el viajero que faltaba, cuando se abrió la portezuela, y, a la luz de un farol que llevaba el zagal, vi... ¡Me pareció un sueño lo que vi!

Vi poner el pie en el estribo de la berlina (¡de mi departamento!) a una hermosísima mujer, joven, elegante, pálida, sola, vestida de luto...

Era el número 1; era mi antes epiceno compañero de viaje; era la viuda de mis esperanzas; era la realización del sueño que apenas había osado concebir; era el non plus ultra de mis ilusiones de viajero... ¡Era ella!

Quiero decir: había de ser ella con el tiempo.

## II

### Escaramuzas

Luego que hube dado la mano a la desconocida para ayudarla a subir, y que ella tomó asiento a mi lado, murmurando un Gracias... Buenas noches... que me llegó al corazón, ocurrióseme esta idea tristísima y desgarradora:

— ¡De aquí a Málaga sólo hay dieciocho leguas! ¡Que no fuéramos a la península de Kamtchatka!

Entre tanto, se cerró la portezuela y quedamos a oscuras.

Esto significaba ¡no verla!

Yo pedía relámpagos al cielo, como el Alfonso Munio de la señora Avellaneda, cuando dice:

*¡Horrible tempestad, mándame un rayo!*<sup>3</sup>

Pero, ¡oh, dolor!, la tormenta se retiraba ya hacia el Mediodía...

Y no era lo peor no verla, sino que el aire severo y triste de la gentil señora me había impuesto de tal modo, que no me atrevía a cosa ninguna...

Sin embargo, pasados algunos minutos, le hice aquellas primeras preguntas y observaciones de cajón, que establecen poco a poco cierta intimidad entre los viajeros:

— ¿Va usted bien?

— ¿Se dirige usted a Málaga?

— ¿Le ha gustado a usted la Alhambra?

— ¿Viene usted de Granada?

— ¡Está la noche húmeda!

A lo que respondió ella:

— Gracias.

— Sí.

— No, señor.

— ¡Oh!

— ¡Pchis!

Seguramente, mi compañera de viaje tenía poca gana de conversación.

Dedíqueme, pues, a coordinar mejores preguntas, y, viendo que no se me ocurrían, me puse a reflexionar.

¿Por qué había subido aquella mujer en el primer relevo de tiro, y no desde Granada?

¿Por qué iba sola?

¿Era casada?

¿Era viuda?

¿Era...?

¿Y su tristeza? ¿Quare causa?

Sin ser indiscreto no podía hallar la solución de estas cuestiones, y la viajera me gustaba demasiado para que yo corriese el riesgo de parecerle un hombre vulgar dirigiéndole necias preguntas.

¡Cómo deseaba que amaneciera!

De día se habla con justificada libertad... mientras que la conversación a oscuras tiene algo de tacto, va derecha al bulto, es un abuso de confianza.

La desconocida no durmió en toda la noche, según deduje de su respiración y de los suspiros que lanzaba de cuando en cuando...

Creo inútil decir que yo tampoco pude coger el sueño.

— ¿Está usted indispuesta? —le pregunté una de las veces que se quejó.

— No, señor; gracias. Ruego a usted que se duerma descuidado... —respondió con seria afabilidad.

— ¡Dormirme! —exclamé.

Luego añadí:

— Creí que padecía usted.

— ¡Oh!, no..., no padezco —murmuró blandamente, pero con un acento en que llegué a percibir cierta amargura.

El resto de la noche no dio de sí más que breves diálogos como el anterior.

Amaneció, al fin...

¡Qué hermosa era!

Pero, ¡qué sello de dolor sobre su frente! ¡Qué lúgubre oscuridad en sus bellos ojos! ¡Qué trágica expresión en todo su semblante! Algo muy triste había en el fondo de su alma.

Y, sin embargo, no era una de aquellas mujeres excepcionales, extravagantes, de corte romántico, que viven fuera del mundo devorando algún pesar o representando alguna tragedia...

Era una mujer a la moda, una elegante mujer, de porte distinguido, cuya menor palabra dejaba traslucir una de esas reinas de la conversación y del buen gusto, que tienen por trono una butaca de su gabinete, una carretela en el Prado o un palco en la Ópera; pero que callan fuera de su elemento, o sea fuera del círculo de sus iguales.

Con la llegada del día se alegró algo la encantadora viajera, y ya consistiese en que mi circunspección de toda la noche y la gravedad de mi fisonomía le inspirasen buena idea de mi persona, ya en que quisiera recompensar al hombre a quien no había dejado dormir, fue el caso que inició a su vez las cuestiones de ordenanza:

— ¿Dónde va usted?

— ¡Va a hacer un buen día!

— ¡Qué hermoso paisaje!

A lo que yo contesté más extensamente que ella me había contestado a mí.

Almorzamos en Colmenar.

Los viajeros del interior y de la rotonda eran personas poco tratables.

Mi compañera se redujo a hablar conmigo.

Excusado es decir que yo estuve enteramente consagrado a ella y que la atendí en la mesa como a una persona real.

De vuelta en el coche, nos tratábamos ya con alguna confianza.

En la mesa habíamos hablado de Madrid, y hablar bien de Madrid a una madrileña que se halla lejos de la corte, es la mejor de las recomendaciones.

¡Porque nada es tan seductor como Madrid perdido!

¡Ahora o nunca, Felipe! —me dije entonces—. Quedan ocho leguas... Abordemos la cuestión amorosa...



### III

#### Catástrofe

¡Desventurado! No bien dije una palabra galante a la beldad, conocí que había puesto el dedo sobre una herida...

En el momento perdí todo lo que había ganado en su opinión.

Así me lo dijo una mirada indefinible que cortó la voz en mis labios.

— Gracias, señor, gracias —me dijo luego, al ver que cambiaba de conversación.

— ¿He enojado a usted, señora?

— Sí; el amor me horroriza. ¡Qué triste es inspirar lo que no se siente! ¿Qué haría yo para no agradar a nadie?

— ¡Algo es menester que usted haga, si no se complace en el daño ajeno!... —repuse muy seriamente—. La prueba es que aquí me tiene pesaroso de ha-

berla conocido... ¡Ya que no feliz, por lo menos yo vivía ayer en paz..., y ya soy desgraciado, puesto que la amo a usted sin esperanza!

— Le queda a usted una satisfacción, amigo mío... —replicó ella sonriendo.

— ¿Cuál?

— Que si no acojo su amor, no es por ser suyo, sino porque es amor. Puede usted, pues, estar seguro de que ni hoy, ni mañana, ni nunca... obtendrá otro hombre la correspondencia que le niego. ¡Yo no amaré jamás a nadie!

— Pero, ¿por qué, señora?

— ¡Porque el corazón no quiere, porque no puede, porque no debe luchar más!  
¡Porque he amado hasta el delirio..., y he sido engañada! En fin, ¡porque aborrezco el amor!

¡Magnífico discurso! Yo no estaba enamorado de aquella mujer. Inspirábame curiosidad y deseo, por lo distinguida y por lo bella; pero de esto a una pasión había todavía mucha distancia.

Así, pues, al escuchar aquellas dolorosas y terminantes palabras, dejó la contienda mi corazón de hombre y entró en ejercicio mi imaginación de artista. Quiere esto decir que comencé a hablar a la desconocida un lenguaje filosófico y moral del mejor gusto, con el que logré reconquistar su confianza, o sea, que me dijese algunas otras generalidades melancólicas del género Balzac.

Así llegamos a Málaga.

Era el instante más oportuno para saber el nombre de aquella singularísima señora.

Al despedirme de ella en la Administración, le dije cómo me llamaba, la casa donde iba a parar y mis señas en Madrid.

Ella me contestó con un tono que nunca olvidaré:

— Doy a usted mil gracias por las amables atenciones que le he merecido durante el viaje, y le suplico que me dispense si le oculto mi nombre, en vez de darle uno fingido, que es con el que aparezco en la hoja.

— ¡Ah! —respondí—; ¡Luego nunca volveremos a vernos!

— ¡Nunca!... lo cual no debe pesarle.

Dicho esto, la joven sonrió sin alegría, tendiéndome una mano con exquisita gracia, y murmuró:

— Pida usted a Dios por mí.

Yo estreché su mano linda y delicada, y terminé con un saludo aquella escena, que empezaba a hacerme mucho daño.

En esto llegó un elegante coche al parador.

Un lacayo con librea negra avisó a la desconocida.

Subió ella al carruaje; saludome de nuevo, y desapareció por la Puerta del Mar.

Dos meses después volví a encontrarla.

Sepamos dónde.



## IV

### Otro viaje

¡Silencio! Las campanas  
tocan a muerto...  
¿Si habrá muerto la niña  
de ojos de cielo?

*Trueba*<sup>4</sup>

A las dos de la tarde del I.º de Noviembre de aquel mismo año caminaba yo sobre un mal rocín de alquiler por el arrecife que conduce a \*\*\*, villa importante y cabeza de partido de la provincia de Córdoba.

Mi criado y el equipaje iban en otro rocín mucho peor.

Dirigíame a \*\*\* con objeto de arrendar unas tierras y permanecer tres o cuatro semanas en casa del Juez de primera instancia, íntimo amigo mío, a quien conocí en la Universidad de Granada cuando ambos estudiábamos Jurisprudencia, y donde simpatizamos, contrajimos estrecha amistad y fuimos inseparables. Después no nos habíamos visto en siete años.

Según iba aproximándome a la población término de mi viaje, llegaba más distintamente a mis oídos el melancólico clamoreo de muchas campanas que tocaban a muerto.

Maldita la gracia que me hizo tan lúgubre coincidencia...

Sin embargo, aquel doble no tenía nada de casual y yo debí contar con él, en atención a ser víspera del día de Difuntos.

Llegué, con todo, muy de mal humor a los brazos de mi amigo, que me aguardaba en las afueras del pueblo.

Él advirtió al momento mi preocupación, y después de los primeros saludos:

— ¿Qué tienes? —me dijo, dándome el brazo, en tanto que sus criados y el mío se alejaban con las cabalgaduras.

— Hombre, seré franco... —le contesté—. Nunca he merecido, ni pienso merecer, que me eleven arcos de triunfo; nunca he experimentado ese inmenso júbilo que llenará el corazón de un grande hombre en el momento que un pueblo alborozado sale a recibirlo, mientras que las campanas repican a vuelo; pero...

— ¿Adónde vas a parar?

— A la segunda parte de mi discurso. Y es: que si en este pueblo no he experimentado los honores de la entrada triunfal, acabo de ser objeto de otros muy parecidos, aunque enteramente opuestos. ¡Confiesa, oh juez de palo, que esos clamores funerales que solemnizan mi entrada en \*\*\* hubieran contristado al hombre más jovial del universo!

— ¡Bravo, Felipe! —replicó el juez, a quien llamaremos Joaquín Zarco— ¡Vienes muy a mi gusto! Esa melancolía cuadra perfectamente a mi tristeza...

— ¡Tú triste!... ¿De cuándo acá?

Joaquín se encogió de hombros, y no sin trabajo retuvo un gemido...

Cuando dos amigos que se quieren de verdad vuelven a verse después de larga separación, parece como que resucitan todas las penas que no han llorado juntos.

Yo me hice el desentendido por el momento, y hablé a Zarco de cosas indiferentes.

En esto penetramos en su elegante casa.

— ¡Diantre, amigo mío! —no pude menos de exclamar— ¡Vives muy bien alojado!... ¡Qué orden, qué gusto en todo! ¡Necio de mí!... Ya caigo... Te habrás casado...

— No me he casado... —respondió el juez con la voz un poco turbada— ¡No me he casado, ni me casaré nunca!...

— Que no te has casado, lo creo, supuesto que no me lo has escrito... ¡y la cosa valía la pena de ser contada! Pero eso de que no te casarás nunca, no me parece tan fácil ni tan creíble.

— ¡Pues te lo juro! —replicó Zarco solemnemente.

— ¡Qué rara metamorfosis! —repuse yo—. Tú, tan partidario siempre del séptimo sacramento; tú, que hace dos años me escribías aconsejándome que me casara, ¡salir ahora con esa novedad!... Amigo mío, ¡a ti te ha sucedido algo, y algo muy penoso!

— ¿A mí? —dijo Zarco estremeciéndose.

— ¡A ti! —proseguí yo— ¡Y vas a contármelo! Tú vives aquí solo, encerrado en la grave circunspección que exige tu destino, sin un amigo a quien referir tus debilidades de mortal... Pues bien; cuéntamelo todo, y veamos si puedo servirte de algo.

El juez me estrechó las manos diciendo:

— Sí..., sí... ¡Lo sabrás todo, amigo mío! ¡Soy muy desventurado!

Luego se serenó un poco, y añadió secamente:

— Vístete. Hoy va todo el pueblo a visitar el cementerio y parecería mal que yo faltase. Vindrás conmigo. La tarde está buena y te conviene andar a pie para descansar del trote del rocín. El cementerio se halla situado en medio de un hermoso campo, y no te disgustará el paseo. Por el camino te contaré la historia que ha acibarado mi existencia, y verás si tengo o no tengo motivos para renegar de las mujeres.

Una hora después caminábamos Zarco y yo en dirección al cementerio.

Mi pobre amigo me habló de esta manera:

## V

### Memorias de un juez de primera instancia

#### 1

Hace dos años que, estando de Promotor fiscal en \*\*\*, obtuve licencia para pasar un mes en Sevilla.

En la fonda en que me hospedé vivía hacía algunas semanas cierta elegante y hermosísima joven, que pasaba por viuda, cuya procedencia, así como el objeto que la retenía en Sevilla, eran un misterio para los demás huéspedes.

Su soledad, su lujo, su falta de relaciones y el aire de tristeza que la envolvía, daban pie a mil conjeturas; todo lo cual, unido a su incomparable belleza y a la inspiración y gusto con que tocaba el piano y cantaba, no tardó en despertar en mi alma una invencible inclinación hacia aquella mujer.

Sus habitaciones estaban exactamente encima de las mías; de modo que la oía cantar y tocar, ir y venir, y hasta conocía cuándo se acostaba, cuándo se levantaba y cuándo

pasaba la noche en vela —cosa muy frecuente—. Aunque en lugar de comer en la mesa redonda se hacía servir en su cuarto, y no iba nunca al teatro, tuve ocasión de saludarla varias veces, ora en la escalera, ora en alguna tienda, ora de balcón a balcón, y al poco tiempo los dos estábamos seguros del placer con que nos veíamos.

Tú lo sabes. Yo era grave, aunque no triste, y esta circunspección mía cuadraba perfectamente a la retraída existencia de aquella mujer; pues ni nunca la dirigí la palabra, ni procuré visitarla en su cuarto, ni la perseguí con enojosa curiosidad como otros habitantes de la fonda.

Este respeto a su melancolía debió de halagar su orgullo de paciente, y acabó por mirarme con cierta deferencia, cual si ya nos hubiésemos revelado el uno al otro.

Quince días habían transcurrido de esta manera, cuando la fatalidad..., nada más que la fatalidad..., me introdujo una noche en el cuarto de la desconocida.

Como nuestras habitaciones ocupaban idéntica situación en el edificio, salvo el estar en pisos diferentes, eran sus entradas iguales. Dicha noche, pues, al volver del teatro, subí distraído más escaleras de las que debía, y abrí la puerta de su cuarto creyendo que era la del mío.

La hermosa estaba leyendo, y se sobresaltó al verme. Yo me aturdí de tal modo, que apenas pude disculparme, pero mi misma turbación y la prisa con que intentéirme, la convencieron de que aquella equivocación no era una farsa. Retúvome, pues, con exquisita amabilidad «para demostrarme —dijo— que creía en mi buena fe y que no estaba incomodada conmigo», acabando por suplicarme que me equivocara otra vez deliberadamente, pues no podía tolerar que una persona de mis condiciones de carácter pasase las noches en el balcón, oyéndola cantar (como ella me había visto), cuando su pobre habilidad se honraría con que yo le prestase atención más de cerca.

A pesar de todo creí de mi deber no tomar asiento en aquella noche, y salí.

Pasaron tres días, durante los cuales tampoco me atreví a aprovechar el amable ofrecimiento de la bella cantora, aun a riesgo de pasar por descortés a sus ojos. ¡Y era que estaba perdidamente enamorado de ella; era que conocía que en unos amores con aquella mujer no podía haber término medio, sino delirio de dolor o delirio de ventura; era que le temía, en fin, a la atmósfera de tristeza que la rodeaba!

Sin embargo, después de aquellos tres días, subí al piso segundo.

Permanecí allí toda la velada: la joven me dijo llamarse Blanca y ser madrileña y viuda: tocó el piano, cantó, hízome mil preguntas acerca de mi persona, profesión, estado, familia, etc., y todas sus palabras y observaciones me complacieron y enajenaron... Mi alma fue desde aquella noche esclava de la suya.

A la noche siguiente volví, y a la otra noche también, y después todas las noches y todos los días.

Nos amábamos, y ni una palabra de amor nos habíamos dicho.

Pero, hablando del amor habíale yo encarecido varias veces la importancia que daba a este sentimiento, la vehemencia de mis ideas y pasiones, y todo lo que necesitaba mi corazón para ser feliz.

Ella, por su parte, me había manifestado que pensaba del mismo modo.

— Yo —dijo una noche— me casé sin amor a mi marido. Poco tiempo después... lo odiaba. Hoy ha muerto. ¡Sólo Dios sabe cuánto he sufrido! Yo comprendo el amor de esta suerte: es la gloria o el infierno. Y para mí, hasta ahora, ¡siempre ha sido el infierno!

Aquella noche no dormí.

La pasé analizando las últimas palabras de Blanca.

¡Qué superstición la mía! Aquella mujer me daba miedo. ¿Llegaríamos a ser, yo su gloria y ella mi infierno?

Entretanto, expiraba el mes de licencia.

Podía pedir otro pretextando una enfermedad... Pero, ¿debía hacerlo?

Consulté con Blanca.

— ¿Por qué me lo pregunta usted a mí? —repuso ella, cogiéndome una mano.

— Más claro, Blanca... —respondí—. Yo la amo a usted... ¿Hago mal en amarla?

— ¡No! —respondió Blanca palideciendo.

Y sus ojos negros dejaron escapar dos torrentes de luz y de voluptuosidad.

## 2

Pedí, pues, dos meses de licencia, y me los concedieron... gracias a ti. ¡Nunca me hubieras hecho aquel favor!

Mis relaciones con Blanca no fueron amor: fueron delirio, locura, fanatismo.

Lejos de atemperar mi frenesí la posesión de aquella mujer extraordinaria, se exacerbó más y más: cada día que pasaba, descubría nuevas afinidades entre nosotros, nuevos tesoros de ventura, nuevos manantiales de felicidad...

Pero en mi alma, como en la suya, brotaban al propio tiempo misteriosos temores.

¡Temíamos perdernos!... Ésta era la fórmula de nuestra inquietud.

Los amores vulgares necesitan el miedo para alimentarse, para no decaer. Por eso se ha dicho que toda relación ilegítima es más vehemente que el matrimonio. Pero un amor como el nuestro hallaba recónditos pesares en su precario porvenir, en su inestabilidad, en su carencia de lazos indisolubles.

Blanca me decía:

— Nunca esperé ser amada por un hombre como tú; y, después de ti, no veo amor ni dicha posibles para mi corazón. Joaquín, un amor como el tuyo era la necesidad de mi vida: moría ya sin él; sin él moriría mañana... Dime que nunca me olvidarás.

— ¡Casémonos, Blanca! —respondía yo.

Y Blanca inclinaba la cabeza con angustia.

— ¡Sí, casémonos! —volvía yo a decir, sin comprender aquella muda desesperación.

— ¡Cuánto me amas! —replicaba ella—. Otro hombre en tu lugar rechazaría esa idea, si yo se la propusiese. Tú, por el contrario...

— Yo, Blanca, estoy orgulloso de ti; quiero ostentarte a los ojos del mundo; quiero perder toda zozobra acerca del tiempo que vendrá; quiero saber que eres mía para siempre. Además, tú conoces mi carácter, sabes que nunca transijo en materias de honra... Pues bien; la sociedad en que vivimos llama crimen a nuestra dicha... ¿Por qué no hemos de redimirnos al pie del altar? ¡Te quiero pura, te quiero noble, te quiero santa! ¡Te amaré entonces más que hoy!...

¡Acepta mi mano!

— ¡No puedo! —respondía aquella mujer incomprensible.

Y este debate se reprodujo mil veces.

Un día que yo peroré largo rato contra el adulterio y contra toda inmoralidad, Blanca se conmovió extraordinariamente; lloró, me dio las gracias y repitió lo de costumbre:

— ¡Cuánto me amas! ¡Qué bueno, qué grande, qué noble eres!

A todo esto expiraba la prórroga de mi licencia.

Érame necesario volver a mi destino, y así se lo anuncié a Blanca.

— ¡Separarnos! —gritó con infinita angustia.

— ¡Tú lo has querido! —contesté.

— ¡Eso es imposible!... Yo te idolatro, Joaquín.

— Blanca, yo te adoro.

— Abandona tu carrera... Yo soy rica... ¡Viviremos juntos! —exclamó, tapándose la boca para que no replicara.

La besé la mano, y respondí:

— De mi esposa aceptaría esa oferta, haciendo todavía un sacrificio... Pero de ti...

— ¡De mí! —respondió llorando. ¡De la madre de tu hijo!

— ¿Quién? ¡Tú! ¡Blanca!...

— Sí..., Dios acaba de decirme que soy madre... ¡Madre por primera vez! ¡Tú has completado mi vida, Joaquín; y no bien gusto la fruición de esta bienaventuranza absoluta, quieres desgajar el árbol de mi dicha! ¡Me das un hijo y me abandonas tú...!

— ¡Sé mi esposa, Blanca! —fue mi única contestación—. Labremos la felicidad de ese ángel que llama a las puertas de la vida.

Blanca permaneció mucho tiempo silenciosa.

Luego levantó la cabeza con una tranquilidad indefinible, y murmuró:

— Seré tu esposa.

¡Gracias! ¡Gracias, Blanca mía!

— Escucha —dijo al poco rato—, no quiero que abandones tu carrera...

— ¡Ah! ¡Mujer sublime!

— Vete a tu Juzgado... ¿Cuánto tiempo tardarás en arreglar allí tus asuntos, solicitar del Gobierno más licencia y volver a Sevilla?

— Un mes.

— Un mes... —repuso Blanca—. ¡Bien! Aquí te espero. Vuelve dentro de un mes y seré tu esposa. Hoy somos 15 de Abril... ¡El 15 de Mayo, sin falta!

— ¡Sin falta!

— ¿Me lo juras?

— Te lo juro.

— ¡Aún otra vez! —replicó Blanca.

— Te lo juro.

— ¿Me amas?

— Con toda mi vida.

— Pues vete, y ¡vuelve! Adiós...

Dijo, y me suplicó que la dejara y que partiera sin perder momento.

Despedime de ella y partí a \*\*\* aquel mismo día.

### 3

Llegué a \*\*\*.

Preparé mi casa para recibir a mi esposa; solicité y obtuve, como sabes, otro mes de licencia, y arreglé todos mis asuntos con tal eficacia, que, al cabo de quince días, me vi en libertad de volver a Sevilla.

Debo advertirte que durante aquel medio mes no recibí ni una sola carta de Blanca, a pesar de haberle yo escrito seis. Esta circunstancia me tenía vivamente contrariado. Así fue que, aunque sólo había transcurrido la mitad del plazo que mi amada me concediera, salí para Sevilla, adonde llegué el día 30 de Abril.

Inmediatamente me dirigí a la fonda que había sido nido de nuestros amores.

Blanca había desaparecido dos días después de mi partida, sin dejar razón del punto

a que se encaminaba.

¡Imagínate el dolor de mi desengaño! ¡No escribirme que se marchaba! ¡Marcharse sin dejar dicho adónde se dirigía! ¡Hacerme perder completamente su rastro! ¡Evarirse, en fin, como una criminal cuyo delito se ha descubierto!

Ni por un instante se me ocurrió permanecer en Sevilla hasta el 15 de Mayo aguardando a ver si regresaba Blanca... La violencia de mi dolor y de mi indignación, y el bochorno que sentía por haber aspirado a la mano de semejante aventurera, no dejaban lugar a ninguna esperanza, a ninguna ilusión, a ningún consuelo. Lo contrario hubiera sido ofender mi propia conciencia, que ya veía en Blanca el ser odioso y repugnante que el amor o el deseo habían disfrazado hasta entonces... ¡Indudablemente era una mujer liviana e hipócrita, que me amó sensualmente, pero que, previendo la habitual mudanza de su caprichoso corazón, no pensó nunca en que nos casáramos! Hostigada al fin por mi amor y mi honradez, había ejecutado una torpe comedia, a fin de escaparse impunemente. ¡Y en cuanto a aquel hijo anunciado con tanto júbilo, tampoco me cabía ya duda de que era otra ficción, otro engaño, otra sangrienta burla!... ¡Apenas se comprendía semejante perversidad en una criatura tan bella y tan inteligente!

Tres días nada más estuve en Sevilla, y el 4 de Mayo me marché a la Corte, renunciando a mi destino, para ver si mi familia y el bullicio del mundo me hacían olvidar a aquella mujer, que sucesivamente había sido para mí la gloria y el infierno.

Por último, hace cosa de quince meses que tuve que aceptar el Juzgado de este otro pueblo, donde, como has visto, no vivo muy contento que digamos; siendo lo peor de todo que, en medio de mi aborrecimiento a Blanca, detesto mucho más a las demás mujeres... por la sencilla razón de que no son ella...

¿Te convences ahora de que nunca llegaré a casarme?



## VI

### El cuerpo del delito

Pocos segundos después de terminar mi amigo Zarco la relación de sus amores, llegamos al cementerio.

El cementerio de \*\*\* no es otra cosa que un campo yermo y solitario, sembrado de cruces de madera y rodeado por una tapia. Ni una lápida ni un sepulcro turba la monotonía de aquella mansión. Allí descansan, en la fría tierra, pobres y ricos, grandes y plebeyos, nivelados por la muerte.

En estos pobres cementerios, que tanto abundan en España y que son acaso los más poéticos y los más propios de sus moradores, sucede con frecuencia que, para sepultar un cuerpo, es menester exhumar otro, o, mejor dicho, que cada dos años se echa una nueva capa de muertos sobre la tierra. Consiste esto en la pequeñez del recinto, y da por resultado que, alrededor de cada nueva zanja, hay mil blancos despojos que de tiempo en tiempo son conducidos al osario común.

Yo he visto más de una vez estos osarios... ¡Y en verdad que merecen ser vistos! Figuraos, en un rincón del campo santo, una especie de pirámide de huesos, una colina de multiforme marfil, un cerro de cráneos, fémures, canillas, húmeros, clavículas rotas, columnas espinales desgranadas, dientes sembrados acá y allá, costillas que fueron armadura de corazones, dedos diseminados..., y todo ello seco, frío, muerto, árido... ¡Figuraos, figuraos aquel horror!

Y ¡qué contactos! Los enemigos, los rivales, los esposos, los padres y sus hijos, están allí, no sólo juntos, sino revueltos, mezclados por pedazos, como trillada mies, como rota paja... Y ¡qué desapacible ruido cuando un cráneo choca con otro, o cuando baja rodando desde la cumbre por aquellas huecas astillas de antiguos hombres! Y ¡qué risa tan insultante tienen las calaveras!

Pero volvamos a nuestra historia.

Andábamos Joaquín y yo dando sacrílegamente con el pie a tantos restos inanimados, ora pensando en el día que otros pies hollarían nuestros despojos, ora atribuyendo a cada hueso una historia; procurando hallar el secreto de la vida en aquellos cráneos donde acaso moró el genio o bramó la pasión, y ya vacíos como celda de difunto fraile, o adivinando otras veces (por la configuración, por la dureza y por la dentadura) si tal calavera perteneció a una mujer, a un niño o a un anciano, cuando las miradas del juez quedaron fijadas en uno de aquellos globos de marfil...

— ¿Qué es esto? —exclamó retrocediendo un poco—. ¿Qué es esto, amigo mío?  
¿No es un clavo?

Y así hablando daba vueltas con el bastón a un cráneo, bastante fresco todavía, que conservaba algunos espesos mechones de pelo negro.

Miré y quede tan asombrado como mi amigo... ¡Aquella calavera estaba atravesada por un clavo de hierro!

La chata cabeza de este clavo asomaba por la parte superior del hueso coronal, mientras que la punta salía por el que fue cielo de la boca.

¿Qué podía significar aquello?

De la extrañeza pasamos a las conjeturas y de las conjeturas al horror.

— ¡Reconozco la Providencia! —exclamó finalmente Zarco— ¡He aquí un espantoso crimen que iba a quedar impune y que se delata por sí mismo a la justicia! ¡Cumpliré con mi deber, tanto más, cuanto que parece que el mismo Dios me lo ordena directamente al poner ante mis ojos la taladrada cabeza de la víctima! ¡Ah! Sí... ¡Juro no descansar hasta que el autor de este horrible delito expíe su maldad en el cadalso!



## VII

### Primeras diligencias

Mi amigo Zarco era un modelo de jueces.

Recto, infatigable, aficionado, tanto como obligado, a la administración de justicia, vio en aquel asunto un campo vastísimo en que emplear toda su inteligencia, todo su celo, todo su fanatismo por el cumplimiento de la ley.

Inmediatamente hizo buscar a un escribano, y dio principio al proceso.

Después de extendido el testimonio de aquel hallazgo, llamó al enterrador.

El lúgubre personaje se presentó ante la ley pálido y tembloroso. ¡A la verdad, entre aquellos dos hombres cualquier escena tenía que ser horrible! Recuerdo literalmente su diálogo:

El juez.—¿De quién puede ser esta calavera?

El sepulturero.—¿Dónde la ha encontrado vuestra señoría?

El juez.—En este mismo sitio.

El sepulturero.—Pues entonces pertenece a un cadáver que, por estar ya algo pasado, desenterré ayer para sepultar a una vieja que murió anteanoche.

El juez.—¿Y por qué exhumó usted ese cadáver y no otro?

El sepulturero.—Ya lo he dicho a vuestra señoría: para poner a la vieja en su lugar. ¡El Ayuntamiento no quiere convencerse de que este cementerio es muy chico para tanta gente como se muere ahora! ¡Así es que no se deja a los muertos secarse en la tierra, y tengo que trasladarlos medio vivos al osario común!

El juez.—¿Y podrá saberse de quién es el cadáver a que corresponde esta cabeza?

El sepulturero.—No es muy fácil, señor.

El juez.—Sin embargo, ¡ello ha de ser! Conque piénselo usted despacio.

El sepulturero.— Sólo encuentro un medio de saberlo...

El juez.—Dígalo usted.

El sepulturero.—La caja de aquel muerto se hallaba en regular estado cuando la saqué de la tierra, y me la llevé a mi habitación para aprovechar las tablas de la tapa. Acaso conserven alguna señal, como iniciales, galones o cualquiera otra de esas cosas que se estilan ahora para adornar los ataúdes...

El juez.—Veamos esas tablas.

En tanto que el sepulturero traía los fragmentos del ataúd, Zarco mandó a un alguacil que envolviese el misterioso cráneo en un pañuelo, a fin de llevárselo a su casa.

El enterrador llegó con las tablas.

Como esperábamos, encontráronse en una de ellas algunos jirones de galón dorado, que, sujetos a la madera con tachuelas de metal, habrían formado letras y números...

Pero el galón estaba roto, y era imposible restablecer aquellos caracteres.

No desmayó, con todo, mi amigo, sino que hizo arrancar completamente el galón, y por las tachuelas, o por las punturas de otras que había habido en la tabla, recompuso las siguientes cifras:

A. G. R.  
1843  
R. I. P.

Zarco radió en entusiasmo al hacer este descubrimiento.

— ¡Es bastante! ¡Es demasiado! —exclamó gozosamente—. ¡Asido de esta hebra, recorreré el laberinto y lo descubriré todo!

Cargó el alguacil con la tabla, como había cargado con la calavera, y regresamos a la población.

Sin descansar un momento, nos dirigimos a la parroquia más próxima.

Zarco pidió el libro de sepelios de 1843.

Recorriolo el escribano hoja por hoja, partida por partida...

Aquellas iniciales A. G. R. no correspondían a ningún difunto.

Pasamos a otra parroquia.

Cinco tiene la villa: a la cuarta que visitamos, halló el escribano esta partida de sepelio:

«En la iglesia parroquial de San..., de la villa de \*\*\*, a 4 de Mayo de 1843, se hicieron los oficios de funeral, conforme a entierro mayor, y se dio sepultura en el cementerio común a DON ALFONSO GUTIÉRREZ DEL ROMERAL, natural y vecino que fue de esta población, el cual no recibió los Santos Sacramentos ni testó, por haber muerto de apoplejía fulminante, en la noche anterior, a la edad de treinta y un años. Estuvo casado con doña Gabriela Zahara del Valle, natural de Madrid, y no deja hijos. Y para que conste, etc...»

Tomó Zarco un certificado de esta partida, autorizado por el cura, y regresamos a nuestra casa.

Por el camino me dijo el Juez:

- Todo lo veo claro. Antes de ocho días habrá terminado este proceso que tan oscuro se presentaba hace dos horas. Ahí llevamos una apoplejía fulminante de hierro, que tiene cabeza y punta, y que dio muerte repentina a un D. Alfonso Gutiérrez del Romeral. Es decir: tenemos el clavo... Ahora sólo me falta encontrar el martillo.

## VIII

### Declaraciones

Un vecino dijo:

— Que don Alfonso Gutiérrez del Romeral, joven y rico propietario de aquella población, residió algunos años en Madrid, de donde volvió en 1840 casado con una bellísima señora llamada doña Gabriela Zahara:

Que el declarante había ido algunas noches de tertulia a casa de los recién casados, y tuvo ocasión de observar la paz y ventura que reinaban en el matrimonio:

Que cuatro meses antes de la muerte de don Alfonso había marchado su esposa a pasar una temporada en Madrid con su familia, según explicación del mismo marido:

Que la joven regresó en los últimos días de Abril, o sea tres meses y medio después de su partida:

Que a los ocho días de su llegada ocurrió la muerte de don Alfonso:

Que habiendo enfermado la viuda a consecuencia del sentimiento que le causó esta pérdida, manifestó a sus amigos que le era insoportable vivir en un pueblo donde todo le hablaba de su querido y malogrado esposo, y se marchó para siempre a mediados de Mayo, diez o doce días después de la muerte de su esposo:

Que era cuanto podía declarar, y la verdad, a cargo del juramento que había prestado, etc.

Otros vecinos prestaron declaraciones casi idénticas a la anterior.

Los criados del difunto Gutiérrez dijeron:

Después de repetir los datos de la vecindad:

Que la paz del matrimonio no era tanta como se decía de público:

Que la separación de tres meses y medio que precedió a los últimos ocho días que vivieron juntos los esposos, fue un tácito rompimiento, consecuencia de profundos y misteriosos disgustos que mediaban entre ambos jóvenes desde el principio de su matrimonio:

Que la noche en que murió su amo se reunieron los esposos en la alcoba nupcial, como lo verificaban desde la vuelta de la señora, contra su antigua costumbre de dormir cada uno en su respectivo cuarto:

Que a media noche los criados oyeron sonar violentamente la campanilla, a cuyo repiqueteo se unían los desaforados gritos de la señora:

Que acudieron, y vieron salir a ésta de la cámara nupcial, con el cabello en desorden, pálida y convulsa, gritando entre amarguísimos sollozos:

«¡Una apoplejía! ¡Un médico! ¡Alfonso mío! ¡El señor se muere!...»

Que penetraron en la alcoba, y vieron a su amo tendido sobre el lecho y ya cadáver; y que habiendo acudido un médico, confirmó que don Alfonso había muerto de una congestión cerebral.

El médico: Preguntado al tenor de la cita que precede, dijo: Que era cierta en todas sus partes.

El mismo médico y otros dos facultativos:

Habiéndoseles puesto de manifiesto la calavera de don Alfonso, y preguntados sobre si la muerte recibida de aquel modo podía aparecer a los ojos de la ciencia como apoplejía, dijeron que sí.

Entonces dictó mi amigo el siguiente auto:

«Considerando que la muerte de don Alfonso Gutiérrez del Romeral debió ser instantánea y subsiguiente a la introducción del clavo en su cabeza:

»Considerando que, cuando murió, estaba solo con su esposa en la alcoba nupcial:

»Considerando que es imposible atribuir a suicidio una muerte semejante, por las dificultades materiales que ofrece su perpetración con mano propia:

»Se declara reo de esta causa, y autora de la muerte de don Alfonso, a su esposa doña Gabriela Zahara del Valle, para cuya captura se expedirán los oportunos exhortos, etc.».

— Dime, Joaquín... —pregunté yo al Juez—, ¿crees que se capturará a Gabriela Zahara?

— ¡Indudablemente!

— Y ¿por qué lo aseguras?

— No sé: lo único que puedo decirte es que, en medio de estas rutinas judiciales, de este casuismo, de esta frialdad oficial, hay cierta fatalidad dramática que no perdona nunca. Más claro: cuando los huesos salen de la tumba a declarar, poco les queda que hacer a los Tribunales.

## IX

### El hombre propone

A pesar de las esperanzas de mi amigo Zarco, Gabriela Zahara no apareció.

Exhortos, requisitorias, edictos: todo fue inútil.

Pasaron tres meses.

La causa se sentenció en rebeldía.

Yo abandoné la villa de \*\*\* no sin prometerle a Zarco volver al año siguiente.



## X

### Un dúo en MÍ mayor

Aquel invierno lo pasé en Granada.

Érase una noche en que había gran baile en casa de la riquísima señora de X... la cual había tenido la bondad de convidarme a la fiesta.

A poco de llegar a aquella magnífica morada, donde estaban reunidas todas las célebres hermosuras de la aristocracia granadina, reparé en una bellísima mujer, cuyo rostro habría distinguido entre mil otros semejantes, suponiendo que Dios hubiese formado alguno que se le pareciera.

¡Era mi desconocida, mi mujer misteriosa, mi desengañada de la diligencia, mi compañera de viaje, el número uno de que os hablé al principio de esta relación!

Corrí a saludarla, y ella me reconoció en el acto.

— Señora —le dije—, he cumplido a usted mi promesa de no buscarla. Hasta ig-

- noraba que podía encontrar a usted aquí. A saberlo, acaso no hubiera venido, por temor de ser a usted enojoso. Una vez ya delante de usted, espero que me diga si puedo reconocerla, si me es dado hablarle, si ha cesado el entredicho que me alejaba de usted.
- Veo que es usted vengativo... —me contestó graciosamente, alargándome la mano—. Pero yo le perdono. ¿Cómo está usted?
- ¡En verdad que lo ignoro! —respondí—. Mi salud, la salud de mi alma —pues no otra cosa me preguntará usted en medio de un baile— depende de la salud de su alma de usted. Esto quiere decir que mi dicha no puede ser sino un reflejo de la suya. ¿Ha sanado ese pobre corazón?
- Aunque la galantería le prescriba a usted desearlo —contestó la dama— y mi aparente jovialidad haga suponerlo, usted sabe... lo mismo que yo, que las heridas del corazón no se curan.
- Pero se tratan, señora, como dicen los facultativos; se hacen llevaderas; se tiende una piel rosada sobre la roja cicatriz; se edifica una ilusión sobre un desengaño...
- Pero esa edificación es falsa...
- ¡Como la primera, señora; como todas! Querer creer, querer gozar, he aquí la dicha... Mirabeau, moribundo, no aceptó el generoso ofrecimiento de un joven que quiso transfundir toda su sangre en las empobrecidas arterias del grande hombre... ¡No sea usted como Mirabeau! ¡Beba usted nueva vida en el primer corazón virgen que le ofrezca su rica savia! Y pues no gusta usted de galanterías, le añadiré, en abono de mi consejo, que, al hablar así, no defiendo mis intereses...

— ¿Por qué dice usted eso último?

— Porque yo también tengo algo de Mirabeau; no en la cabeza, sino en la sangre. Necesito lo que usted... ¡Una primavera que me vivifique

— ¡Somos muy desdichados! En fin..., usted tendrá la bondad de no huir de mí en adelante...

— Señora, iba a pedirla a usted permiso para visitarla.

Nos despedimos.

— ¿Quién es esta mujer? —pregunté a un amigo mío.

— Una americana que se llama Mercedes de Meridanueva —me contestó—; Es todo lo que sé, y mucho más de lo que se sabe generalmente.



## XI

### Fatalidad

Al día siguiente fui a visitar a mi nueva amiga a la Fonda de los Siete Suelos de la Alhambra.

La encantadora Mercedes me trató como a un amigo íntimo, y me invitó a pasear con ella por aquel edén de la Naturaleza y templo del arte, y a acompañarla luego a comer.

De muchas cosas hablamos durante las seis horas que estuvimos juntos; y, como el tema a que siempre volvíamos era el de los desengaños amorosos, hube de contarle la historia de los amores de mi amigo Zarco.

Ella la oyó muy atentamente, y, cuando terminé; se echó a reír, y me dijo:

— Señor don Felipe, sírvale a usted eso de lección para no enamorarse nunca de mujeres a quienes no conozca...

- No vaya usted a creer —respondí con viveza— que he inventado esa historia, o se la he referido, porque me figure que todas las damas misteriosas que se encuentra uno en viaje...
- Muchas gracias... pero no siga usted —replicó, levantándose de pronto—. ¿Quién duda de que en la Fonda de los Siete Suelos de Granada pueden alojarse mujeres que en nada se parezcan a esa que tan fácilmente se enamoró de su amigo de usted en la fonda de Sevilla? En cuanto a mí, no hay riesgo de que me enamore de nadie, puesto que nunca hablo tres veces con un mismo hombre...
- ¡Señora! ¡Eso es decirme que no vuelva!...
- No; esto es anunciar a usted que mañana, al ser de día, me marcharé de Granada, y que probablemente no volveremos a vernos nunca.
- ¡Nunca! Lo mismo me dijo usted en Málaga, después de nuestro famoso viaje...; y, sin embargo, nos hemos visto de nuevo...
- En fin; dejemos libre el campo a la fatalidad. Por mi parte, repito que ésta es nuestra despedida... eterna.

Dichas estas solemnes palabras, Mercedes me alargó la mano y me hizo un profundo saludo.

Yo me alejé vivamente conmovido, no sólo por las frías y desdeñosas frases con que aquella mujer había vuelto a descartarme de su vida (como cuando nos separamos en Málaga), sino ante el incurable dolor que vi pintarse en su rostro, mientras que procuraba sonreírse, al decirme adiós por última vez...

¡Por última vez!... ¡Ay! ¡Ojalá hubiera sido la última!

Pero la fatalidad lo tenía dispuesto de otro modo.

## XII

### Travesuras del destino

Pocos días después llamáronme de nuevo mis asuntos al lado de Joaquín Zarco.

Llegué a la villa de \*\*\*.

Mi amigo seguía triste y solo, y se alegró mucho de verme.

Nada había vuelto a saber de Blanca; pero tampoco había podido olvidarla ni siquiera un momento.

Indudablemente, aquella mujer era su predestinación... ¡Su gloria o su infierno, como el desgraciado solía decir!

Pronto veremos que no se equivocaba en este supersticioso juicio.

La noche del mismo día de mi llegada estábamos en su despacho leyendo las últimas diligencias practicadas para la captura de Gabriela Zahara del Valle, todas ellas inútiles por cierto, cuando entró un alguacil y entregó al joven juez un billete que decía de este modo:

«En la fonda del León hay una señora que desea hablar con el señor Zarco».

— ¿Quién ha traído esto? —preguntó Joaquín.

— Un criado.

— ¿De parte de quién?

— No me ha dicho nombre alguno.

— ¿Y ese criado...?

— Se fue al momento.

Joaquín meditó y dijo luego lúgubrementemente:

— ¡Una señora! ¡A mí!... ¡No sé por qué me da miedo esta cita!... ¿Qué te parece, Felipe?

— Que tu deber de juez es asistir a ella. ¡Puede tratarse de Gabriela Zahara!...

— Tienes razón... ¡Iré! —dijo Zarco, pasándose una mano por la frente.

Y cogiendo un par de pistolas envolvióse en la capa y partió, sin permitir que lo acompañase.

Dos horas después volvió.

Venía agitado, trémulo, balbuciente...

Pronto conocí que una vivísima alegría era la causa de aquella agitación.

Zarco me estrechó convulsivamente entre sus brazos, exclamando a gritos, entrecortados por el júbilo:

— ¡Ah! ¡Si supieras!... ¡Si supieras, amigo mío!

— ¡Nada sé! —respondí—. ¿Qué te ha pasado?

— ¡Ya soy dichoso! ¡Ya soy el más feliz de los hombres!

- Pues ¿qué ocurre?
- La esquila en que me llamaban a la fonda.
- Continúa.
- ¡Era de ella!
- ¿De quién? ¿De Gabriela Zahara?
- ¡Quita de allá, hombre! ¿Quién piensa ahora en desventuras? ¡Era de ella! ¡De la otra!
- Pero ¿quién es la otra?
- ¿Quién ha de ser? ¡Blanca! ¡Mi amor! ¡Mi vida! ¡La madre de mi hijo!
- ¿Blanca? —repliqué con asombro—. Pues ¿no decías que te había engañado?
- ¡Ah! ¡No! ¡Fue alucinación mía!...
- ¿La que padeces ahora?
- No; la que entonces padecí.
- Expícate.
- Escucha: Blanca me adora...
- Adelante. El que tú lo digas no prueba nada.
- Cuando nos separamos Blanca y yo el día 15 de Abril, quedamos en reunirnos en Sevilla para el 15 de Mayo. A poco tiempo de mi marcha, recibió ella una carta en que le decían que su presencia era necesaria en Madrid para asuntos de familia; y como podía disponer de un mes hasta mi vuelta, fue a la Corte, y volvió a Sevilla muchos días antes del 15 de Mayo. Pero yo, más impaciente que ella, acudí a la cita con quince días de anticipación de la fecha estipulada, y no hallando a Blanca en la fonda, me creí engañado..., y no esperé. En fin...

- ¡he pasado dos años de tormento por una ligereza mía!
- Pero una carta lo evitaba todo...
- Dice que había olvidado el nombre de aquel pueblo, cuya promotoría sabes que dejé inmediatamente, yéndome a Madrid...
- ¡Ah! ¡Pobre amigo mío! —exclamé— ¡Veo que quieres convencerte; que te empeñas en consolarte! ¡Más vale así! Conque, veamos: ¿Cuándo te casas? ¡Porque supongo que, una vez deshechas las nieblas de los celos, lucirá radiante el sol del matrimonio!..
- ¡No te rías! —exclamó Zarco—. Tú serás mi padrino.
- Con mucho gusto. ¡Ah! ¿Y el niño? ¿Y vuestro hijo?
- ¡Murió!
- ¡También eso! Pues, señor... —dije aturdidamente—. ¡Dios haga un milagro!
- ¡Cómo!
- Digo... ¡que Dios te haga feliz!

### XIII

#### Dios dispone

Por aquí íbamos en nuestra conversación, cuando oímos fuertes aldabonazos en la puerta de la calle.

Eran las dos de la madrugada.

Joaquín y yo nos estremecimos sin saber por qué...

Abrieron; y a los pocos segundos entró en el despacho un hombre que apenas podía respirar, y que exclamaba entrecortadamente con indescriptible júbilo:

— ¡Albricias! ¡Albricias, compañero! ¡Hemos vencido!

Era el promotor fiscal del Juzgado.

— Explíquese usted, compañero... —dijo Zarco, alargándole una silla—. ¿Qué ocurre para que venga usted tan a deshora y tan contento?

— Ocurre... ¡Apenas es importante lo que ocurre!... Ocurre que Gabriela Zaharra...

- ¿Cómo?... ¿Qué?... —interrumpimos a un mismo tiempo Zarco y yo.
- ¡Acaba de ser presa!
- ¡Presa! —gritó el juez lleno de alegría.
- Sí, señor; ¡presa! —repitió el Fiscal—. La Guardia Civil le seguía la pista hace un mes, y, según acaba de decirme el sereno, que suele acompañarme desde el Casino hasta mi casa, ya la tenemos a buen recaudo en la cárcel de esta muy noble villa...
- Pues vamos allá.. —replicó el Juez—. Esta misma noche le tomaremos declaración. Hágame usted el favor de avisar al escribano de la causa. Usted mismo presenciara las actuaciones, atendida la gravedad del caso... Diga usted que manden a llamar también al sepulturero, a fin de que presente por sí propio la cabeza de don Alfonso Gutiérrez, la cual obra en poder del alguacil. Hace tiempo que tengo excogitado este horrible careo de los dos esposos, en la seguridad de que la parricida no podrá negar su crimen al ver aquel clavo de hierro que, en la boca de la calavera parece una lengua acusadora. En cuanto a ti —díjome luego Zarco—, harás el papel de escribiente, para que puedas presenciar, sin quebrantamiento de la ley, escenas tan interesantes...

Nada le contesté. Entregado mi infeliz amigo a su alegría de Juez (permítaseme la frase), no había concebido la horrible sospecha que, sin duda, os agita ya a vosotros...; sospecha que penetró desde luego en mi corazón, taladrándolo con sus uñas de hierro... ¡Gabriela y Blanca, llegadas a aquella villa en una misma noche, podían ser una sola persona!

Quedábame una sola esperanza.

- Dígame usted —pregunté al promotor, mientras que Zarco se preparaba para salir—: ¿En dónde estaba Gabriela cuando la prendieron los guardias?

— En la fonda del León —me respondió el Fiscal.

¡Mi angustia no tuvo límites!

Sin embargo, nada podía hacer, nada podía decir, sin comprometer a Zarco, como tampoco debía envenenar el alma de mi amigo comunicándole aquella lúgubre conjetura, que acaso iban a desmentir los hechos. Además, suponiendo que Gabriela y Blanca fueran una misma persona, ¿de qué le valdría al desgraciado el que yo se lo indicase anticipadamente? ¿Qué podía hacer en tan tremendo conflicto? ¿Huir? ¡Yo debía evitarlo, pues era declararse reo! ¿Delegar, fingiendo una indisposición repentina? Equivaldría a desamparar a Blanca, en cuya defensa tanto podría hacer, si su causa le parecía defendible. ¡Mi obligación, por tanto, era guardar silencio y dejar paso a la justicia de Dios!

Tal discurrí por lo menos en aquel súbito lance, cuando no había tiempo ni espacio para soluciones inmediatas... ¡La catástrofe se venía encima con trágica premura!... El Fiscal había dado ya las órdenes de Zarco a los alguaciles, y uno de éstos había ido a la cárcel, a fin de que dispusiesen la sala de Audiencia para recibir al Juzgado. El comandante de la Guardia Civil entraba en aquel momento a dar parte en persona (como muy satisfecho que estaba del caso) de la prisión de Gabriela Zahara... Y algunos trasnochadores, socios del Casino y amigos del Juez, noticiosos de la ocurrencia, iban acudiendo también allí, como a olfatear y presentir las emociones del terrible día en que dama tan principal y tan bella subiese al cadalso... En fin, no había más remedio que ir hasta el borde del abismo, pidiendo a Dios que Gabriela no fuese Blanca.

Disimulé, pues, mi inquietud y callé mis recelos, y a eso de las cuatro de la mañana seguí al juez, al promotor, al escribano, al comandante de la Guardia Civil y a un pelotón de curiosos y de alguaciles, que se trasladaron a la cárcel regocijadamente.



## XIV

### El Tribunal

Allí aguardaba ya el sepulturero.

La sala de la Audiencia estaba profusamente iluminada.

Sobre la mesa veíase una caja de madera pintada de negro, que contenía la calavera de don Alfonso Gutiérrez del Romeral.

El Juez ocupó su sillón; el promotor se sentó a su derecha, y el comandante de la Guardia, por respetos superiores a las prácticas forenses, fue invitado a presenciar también la indagatoria, visto el interés que, como a todos, le inspiraba aquel ruidoso proceso. El escribano y yo nos sentamos juntos, a la izquierda del Juez, y el alcalde y los alguaciles se agruparon a la puerta, no sin que se columbrasen detrás de ellos algunos curiosos a quienes su alta categoría pecuniaria había franqueado, para tal solemnidad, la entrada en el temido establecimiento, y que habrían de contentarse con ver a la acusada, por no consentir otra cosa el secreto del sumario.

Constituida en esta forma la Audiencia, el Juez tocó la campanilla, y dijo al alcaide:

— Que entre doña Gabriela Zahara.

Yo me sentía morir, y, en vez de mirar a la puerta, miraba a Zarco, para leer en su rostro la solución del pavoroso problema que me agitaba...

Pronto vi a mi amigo ponerse lívido, llevarse la mano a la garganta como para ahogar un rugido de dolor, y volverse hacia mí en demanda de socorro...

— ¡Calla! —le dije, llevándome el índice a los labios.

Y luego añadí, con la mayor naturalidad, como respondiendo a alguna observación suya:

— Lo sabía...

El desventurado quiso levantarse...

— ¡Señor Juez!... —le dije entonces con tal voz y con tal cara, que comprendió toda la enormidad de sus deberes y de los peligros que corría. Contrájose, pues, horriblemente, como quien trata de soportar un peso extraordinario y, dominándose al fin por medio de aquel esfuerzo, su cara ostentó la inmovilidad de una piedra. A no ser por la calentura de sus ojos, hubiérase dicho que aquel hombre estaba muerto.

¡Y muerto estaba! ¡Ya no vivía en él más que el magistrado!

Cuando me hube convencido de ello, miré, como todos, a la acusada.

Figuraos ahora mi sorpresa y mi espanto, casi iguales a los del infortunado Juez...

¡Gabriela Zahara no era solamente la Blanca de mi amigo, su querida de Sevilla,

la mujer con quien acababa de reconciliarse en la fonda del León, sino también mi desconocida de Málaga, mi amiga de Granada, la hermosísima americana Mercedes de Meridanueva!

Todas aquellas fantásticas mujeres se resumían en una sola, en una indudable, en una real y positiva, en una sobre quien pesaba la acusación de haber matado a su marido, en una que estaba condenada a muerte en rebeldía...

Ahora bien: esta acusada, esta sentenciada, ¿sería inocente? ¿Lograría sincerarse? ¿Se vería absuelta?

Tal era mi única y suprema esperanza, tal debía ser también la de mi pobre amigo.



## XV

### El juicio

El juez es una ley que habla y la  
ley un juez mudo

La Ley debe ser como la muerte,  
que no perdona a nadie

*Montesquieu*

Gabriela (llamémosla, al fin, por su verdadero nombre) estaba sumamente pálida; pero también muy tranquila. Aquella calma, ¿era señal de su inocencia, o comprobaba la insensibilidad propia de los grandes criminales? ¿Confiaba la viuda de don Alfonso en la fuerza de su derecho, o en la debilidad de su Juez?

Pronto salí de dudas.

La acusada no había mirado hasta entonces más que a Zarco, no sé si para infundirle valor y enseñarle a disimular, si para amenazarle con peligrosas revelaciones o si para darle mudo testimonio de que su Blanca no podía haber cometido un asesinato... Pero, observando sin duda la tremenda impasibilidad del Juez, debió de sentir miedo, y miró a los demás concurrentes, cual si buscase en otras simpatías auxilio moral para su buena o su mala causa.

Entonces me vio a mí, y una llamarada de rubor, que me pareció de buen agüero,

tiñó de escarlata su semblante.

Pero muy luego se repuso, y tornó a su palidez y tranquilidad.

Zarco salió al fin del estupor en que estaba sumido, y, con voz dura y áspera como la vara de la Justicia, preguntó a su antigua amada y prometida esposa:

— ¿Cómo se llama usted?

— Gabriela Zahara del Valle de Gutiérrez del Romeral —contestó la acusada con dulce y reposado acento.

Zarco tembló ligeramente. ¡Acababa de oír que su Blanca no había existido nunca; y esto se lo decía ella misma! ¡Ella, con quien tres horas antes había concertado de nuevo el antiguo proyecto de matrimonio!

Por fortuna, nadie miraba al Juez, sino que todos tenían fija la vista en Gabriela, cuya singular hermosura y suave y apacible voz considerábanse como indicios de inculpabilidad. ¡Hasta el sencillo traje negro que llevaba parecía declarar en su defensa!

Repuesto Zarco de su turbación, dijo con formidable acento, y como quien juega de una vez todas sus esperanzas:

— Sepulturero: venga usted, y haga su oficio abriendo ese ataúd...

Y le señalaba la caja negra en que estaba encerrado el cráneo de don Alfonso.

— Usted, señora... —continuó, mirando a la acusada con ojos de fuego—, ¡acérquese, y diga si reconoce esa cabeza!

El sepulturero destapó la caja, y se la presentó abierta a la enlutada viuda.

Ésta, que había dado dos pasos adelante, fijó los ojos en el interior del llamado

ataúd, y lo primero que vio fue la cabeza del clavo, destacándose sobre el marfil de la calavera.<sup>5</sup>

Un grito desgarrador, agudo, mortal, como los que arranca un miedo repentino o como los que preceden a la locura, salió de las entrañas de Gabriela, la cual retrocedió espantada, mesándose los cabellos y tartamudeando a media voz:

— ¡Alfonso! ¡Alfonso!

Y luego se quedó como estúpida.

— ¡Ella es! —murmuramos todos, volviéndonos hacia Joaquín.

— ¿Reconoce usted, pues, el clavo que dio muerte a su marido? —añadió el Juez, levantándose con terrible ademán, como si él mismo saliese de la sepultura...

— Sí, señor... —respondió Gabriela maquinalmente, con entonación y gesto propios de la imbecilidad.

— ¿Es decir, que declara usted haberlo asesinado? —preguntó el Juez con tal angustia que la acusada volvió en sí, estremeciéndose violentamente.

— Señor... —respondió entonces—. ¡No quiero vivir más! Pero, antes de morir, quiero ser oída...

Zarco se dejó caer en el sillón como anonadado, y miróme cual si me preguntara: «¿Qué va a decir?»

Yo estaba también lleno de terror.

Gabriela arrojó un profundo suspiro y continuó hablando de este modo:

— Voy a confesar, y en mi propia confesión consistirá mi defensa, bien que no

sea bastante a librarme del patíbulo. Escuchad todos. ¿A qué negar lo evidente? Yo estaba sola con mi marido cuando murió. Los criados y el médico lo habrán declarado así. Por tanto, sólo yo pude darle muerte del modo que ha venido a revelar su cabeza, saliendo para ello de la sepultura... ¡Me declaro, pues, autora de tan horrendo crimen!... Pero sabed que un hombre me obligó a cometerlo.

Zarco tembló al escuchar estas palabras: dominó, sin embargo, su miedo, como había dominado su compasión, y exclamó valerosamente:

— ¡Su nombre, señora! ¡Dígame pronto el nombre de ese desgraciado!

Gabriela miró al Juez con fanática adoración, como una madre a su atribulado hijo, y añadió con melancólico acento:

— ¡Podría, con una sola palabra, arrastrarlo al abismo en que me ha hecho caer! ¡Podría arrastrarlo al cadalso, a fin de que no se quedase en el mundo, para maldecirme tal vez al casarse con otra!... ¡Pero no quiero! ¡Callaré su nombre, porque me ha amado y le amo! ¡Y le amo, aunque sé que no hará nada para impedir mi muerte!

El Juez extendió la mano derecha, cual si fuera a adelantarse...

Ella le reprendió con una mirada cariñosa, como diciéndole: ¡Ve que te pierdes!

Zarco bajó la cabeza.

Gabriela continuó:

— Casada a la fuerza con un hombre a quien aborrecía, con un hombre que se me hizo aún más aborrecible después de ser mi esposo, por su mal corazón y por su vergonzoso estado..., pasé tres años de martirio, sin amor, sin felicidad,

pero resignada. Un día que daba vueltas por el purgatorio de mi existencia, buscando, a fuer de inocente, una salida, vi pasar, a través de los hierros que me encarcelaban, a uno de esos ángeles que van en busca de las almas ya merecedoras del cielo... Asíme a su túnica, diciéndole: Dame la felicidad... Y el ángel me respondió: ¡Tú no puedes ser ya dichosa! ¿Por qué? Porque no lo eres. ¡Es decir, que el infame que hasta entonces me había martirizado, me impedía volar con aquel ángel al cielo del amor y de la ventura! ¿Concebís absurdo mayor que el de este razonamiento de mi destino? Lo diré más claramente. ¡Había encontrado un hombre digno de mí y de quien yo era digna; nos amábamos, nos adorábamos; pero él, que ignoraba la existencia de mi mal llamado esposo; él, que desde luego pensó en casarse conmigo; él, que no transigía con nada que fuese ilegal o impuro, me amenazaba con abandonarme si no nos casábamos! Érase un hombre excepcional, un dechado de honradez, un carácter severo y nobilísimo, cuya única falta en la vida consistía en haberme querido demasiado... Íbamos a tener un hijo, sin que ni por un solo instante hubiese dejado de exigirme que nos uniéramos ante Dios... Tengo la seguridad de que si yo le hubiese dicho: Te he engañado: no soy viuda; mi esposo vive..., se habría alejado de mí, odiándome y maldiciéndome. Inventé mil excusas, mil sofismas, y a todo me respondía: ¡Sé mi esposa! Yo no podía serlo; creyó que no quería, y comenzó a odiarme. ¿Qué hacer? Resistí, lloré, supliqué; pero él, aun después de saber que teníamos un hijo, me repitió que no volvería a verme hasta que le otorgase mi mano. Ahora bien: mi mano estaba vinculada a la vida de un hombre ruin, y entre matarlo a él o causar la desventura de mi hijo, la del hombre que adoraba y la mía propia, opté por arrancar su inútil y miserable vida al que era nuestro verdugo. Maté, pues, a mi marido... y (¡castigo de Dios!) me abandonó mi amante... Después hemos vuelto a encontrarnos... ¿Para qué, Dios mío? ¡Ah! ¡Que yo muera pronto!... ¡Sí! ¡Que yo muera pronto!

Gabriela calló un momento, ahogada por el llanto.

Zarco había dejado caer la cabeza sobre las manos, cual si meditase; pero yo veía que temblaba como un epiléptico.

— ¡Señor Juez! —repitió Gabriela con renovada energía— ¡Que yo muera pronto!

Zarco hizo una seña para que se llevasen a la acusada.

Gabriela se alejó con paso firme, no sin dirigirme antes una mirada espantosa, en que había más orgullo que arrepentimiento.

## XVI

### La sentencia

Excuso referir la formidable lucha que se entabló en el corazón de Zarco, y que duró hasta el día en que volvió a fallar la causa. No tendría palabras con que haceros comprender aquellos horribles combates... Sólo diré que el magistrado venció al hombre, y que Joaquín Zarco volvió a condenar a muerte a Gabriela Zahara.

Al día siguiente fue remitido el proceso en consulta a la Audiencia de Sevilla, y al propio tiempo Zarco se despidió de mí, diciéndome estas palabras:

-- «Aguárdame acá hasta que yo vuelva... Cuida de la infeliz, pero no la visites, pues tu presencia la humillaría en vez de consolarla. No me preguntes adónde voy, ni temas que cometa el feo delito de suicidarme. Adiós, y perdóname las aflicciones que te he causado».

...

Veinte días después, la Audiencia del territorio confirmó la sentencia de muerte.

Gabriela Zahara fue puesta en capilla.



## XVII

### Último viaje

Llegó la mañana de la ejecución sin que Zarco hubiese regresado ni se tuvieran noticias de él.

Un inmenso gentío aguardaba a la puerta de la cárcel la salida de la sentenciada.

Yo estaba entre la multitud, pues si bien había acatado la voluntad de mi amigo no visitando a Gabriela en su prisión, creía de mi deber representar a Zarco en aquel supremo trance, acompañando a su antigua amada hasta el pie del cadalso.

Al verla aparecer, costome trabajo reconocerla. Había enflaquecido horribilmente, y apenas tenía fuerzas para llevar a sus labios el Crucifijo, que besaba a cada momento.

— Aquí estoy, señora... ¿Puedo servir a usted de algo? —le pregunté cuando pasó cerca de mí.

Clavó en mi faz sus marchitos ojos, y cuando me hubo reconocido, exclamó:

— ¡Oh! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Qué consuelo tan grande me proporciona usted en mi última hora! ¡Padre! —añadió, volviéndose a su confesor— ¿Puedo hablar al paso algunas palabras con este generoso amigo?

— Sí, hija mía... —le respondió el sacerdote—; pero no deje usted de pensar en Dios...

Gabriela me preguntó entonces:

— ¿Y él?

— Está ausente...

— ¡Hágalo Dios muy feliz! Dígale, cuando lo vea, que me perdone, para que me perdone Dios. Dígale que todavía le amo... aunque el amarle es causa de mi muerte...

— Quiero ver a usted resignada...

— ¡Lo estoy! ¡Cuánto deseo llegar a la presencia de mi Eterno Padre! ¡Cuántos siglos pienso pasar llorando a sus pies, hasta conseguir que me reconozca como hija suya y me perdone mis muchos pecados!

Llegamos al pie de la escalera fatal...

Allí fue preciso separarnos.

Una lágrima, tal vez la última que aún quedaba en aquel corazón, humedeció los ojos de Gabriela, mientras que sus labios balbucieron esta frase:

— Dígale usted que muero bendiciéndole...

En aquel momento sintióse viva algazara entre el gentío..., hasta que al cabo perci-  
biéronse claramente las voces de:

— ¡Perdón! ¡Perdón!

Y por la ancha calle que abría la muchedumbre viose avanzar a un hombre a caballo,  
con un papel en una mano y un pañuelo blanco en la otra...

¡Era Zarco!

— ¡Perdón! ¡Perdón! —venía gritando también él.

Echó al fin pie a tierra, y, acompañado del jefe del cuadro, adelantose hacia el pa-  
tíbulo.

Gabriela, que ya había subido algunas gradas, se detuvo: miró intensamente a su  
amante, y murmuró:

— ¡Bendito seas!

En seguida perdió el conocimiento.

Leído el perdón y legalizado el acto, el sacerdote y Joaquín corrieron a desatar las  
manos de la indultada...

Pero toda piedad era ya inútil... Gabriela Zahara estaba muerta.



## XVIII

### Moraleja

Zarco es hoy uno de los mejores magistrados de La Habana.

Se ha casado, y puede considerarse feliz; porque la tristeza no es desventura cuando no se ha hecho a sabiendas daño a nadie.

El hijo que acaba de darle su amantísima esposa disipará la vaga nube de melancolía que obscurece a ratos la frente de mi amigo.

Cádiz, 1853.

FIN



## HOMENAJE

Gracias a la galantería de doña Paulina Contreras, viuda de Alarcón, podemos ofrecer hoy a los lectores de esta Biblioteca una de las hermosas novelas cortas del inmortal autor del *Sombrero de tres picos*.

EL EDITOR.

## NOTAS A *EL CLAVO*

<sup>1</sup> Alarcón trata en todo momento de certificar la verdad de los hechos y esa es la razón del subtítulo, traducción literal de las causas célebres francesas. Dicha “causa célebre” habría llegado a sus oídos de boca de “un magistrado granadino” que le contó los sucesos cuando el escritor era casi un niño (así lo afirma en *Historia de mis libros*, de 1884). No obstante, la Pardo Bazán, que albergaba serias dudas al respecto, insistía en el supuesto origen literario –francés, más concretamente—de *El clavo*. Sus sospechas se han visto confirmadas por Jorge Campos, que asegura haber encontrado el cuento de Hippolyte Lucas (*Le Clou. Histoire fantastique*) al que parecía referirse doña Emilia, publicado en París en 1843 (*Almanach Prophétique*): “La visita al cementerio, la calavera y el clavo están inspirados en H. Lucas. Toda la forma novelesca es de Alarcón” (la referencia es de Laura de los Ríos, que agradece al crítico la gentileza de haberle comunicado su hallazgo. Véase su edición de *La Comendadora, El clavo y otros cuentos*, Madrid, Cátedra, 2ª ed., 1980, p. 61, n. 81).

<sup>2</sup> Esta variada y pintoresca galería de tipos parece evocación de *La diligencia* de Larra (artículo publicado en la *Revista Española* el 16 de abril de 1835), a quien Alarcón admiró hasta el punto de considerarlo “uno de los grandes escritores de la Península Ibérica” (“Para el libro conmemorativo del centenario de Andrés Bello”, en *Juicios literarios y artísticos. Obras completas*, Madrid, Fax, 1943, p. 1805 a).

<sup>3</sup> El encuentro entre Felipe y la misteriosa viajera se produce “una noche de otoño de 1844”, precisamente el año en que el drama de Gertrudis Gómez de Avellaneda se estrenó en Madrid.

<sup>4</sup> Antonio Trueba, “Antón el de los cantares” (Montellano, 1819-Bilbao, 1889) aparece más de una vez en los textos de Alarcón, que lo evoca como compañero en sus tiempos de bohemia literaria (los años de “La cuerda granadina”) en el cuento ¿Por qué era rubia? Versos suyos aparecen también en el artículo *Mayo* (Cosas que fueron, 1871).

<sup>5</sup> El motivo del clavo, eje del relato, había sido objeto de tratamiento literario no sólo en la literatura folletinesca francesa, como se ha apuntado con frecuencia (véase nota 1), sino en la Biblia incluso; así lo atestigua la historia de Jael, mujer de Jeber, que, tras confortar a Sisara para ganar su confianza, lo asesina mediante un procedimiento muy similar al empleado por Gabriela Zahara:

“Tomó Jael, mujer de Jeber, un clavo de los de fijar la tienda y, agarrando con su mano el martillo, se fue a él calladamente, y le hincó en la sien el clavo, que penetró en la tierra, y él, profundamente dormido a causa de la fatiga, se murió”. (*Jueces*, 4)





# unas palabras sobre

Retrato de Pedro Antonio de Alarcón,  
1859. En: *Fotografías recogidas por el pin-  
tor Manuel Castellano*, Tomo 18. Bibliote-  
ca Nacional de España

DOS RELATOS DE PEDRO ANTONIO DE  
ALARCÓN: UNA “CAUSA CÉLEBRE” Y  
UN “CUENTO DE MIEDO”

■ ■ ■

M<sup>ª</sup> Dolores Royo Latorre

P. A. de Alarcón

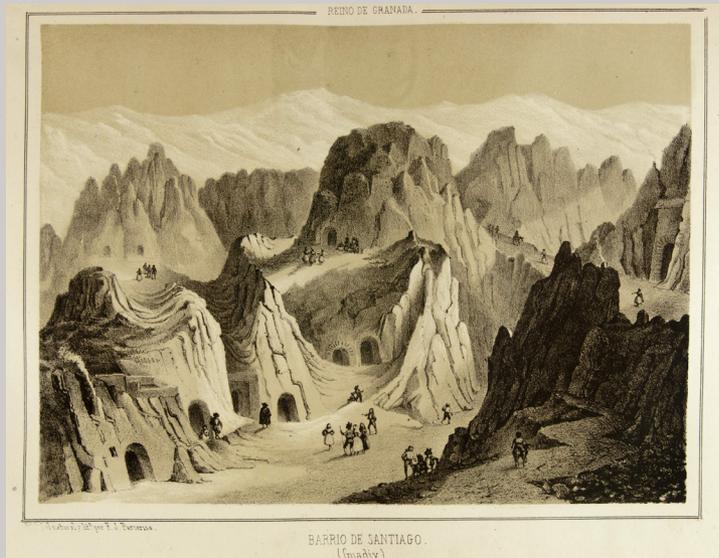
---

Reconocido como uno de los grandes escritores del siglo XIX, Pedro Antonio de Alarcón ocupa en la actualidad un puesto destacado en las historias de la literatura, sus obras siguen editándose, y eso induce a pensar que todavía hoy, en pleno siglo XXI, hay un público lector capaz de dejarse seducir por ellas. Aun así, poco tiene que ver esto con la notoriedad del escritor mientras vivió, sustentada en un innegable talento literario, pero también en la polémica que le acompañó durante la mayor parte de su vida pública y que ilustran bien algunos de los episodios más conocidos de su biografía, una “vida de novela”, como certeramente se ha apuntado más de una vez.

## Una vida de novela

Nacido en Guadix el 10 de marzo de 1833, la vocación literaria de Alarcón se manifestó muy tempranamente, favorecida por lecturas abundantes e indiscriminadas, realizadas muchas de ellas durante los años de formación en el Seminario Conciliar de su ciudad natal (1848-1853), al que le había llevado no la vocación religiosa sino la situación económica familiar, que le impidió seguir la carrera de Leyes iniciada en la Universidad de Granada<sup>1</sup>.

Colgados los hábitos, Alarcón marcha a Cádiz en 1853 para dirigir una revista literaria, *El Eco de Occidente*, que pasará



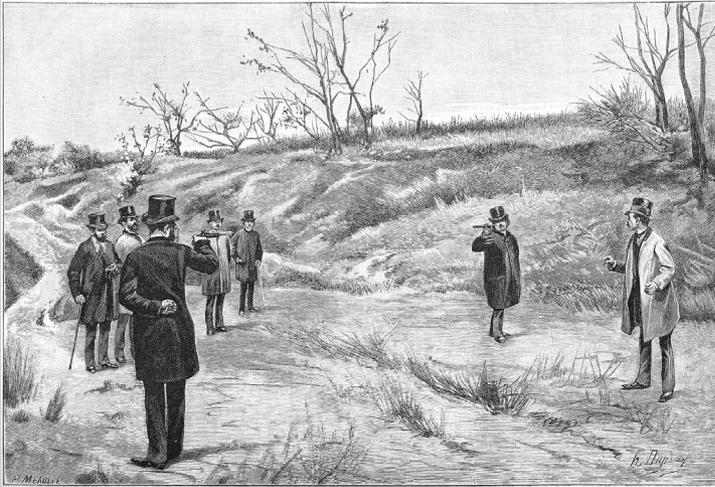
Pedro Antonio de Alarcón nació en Guadix en 1833. **En la imagen:** F. J. Parcerisa. *Barrio de Santiago, Guadix*, ca. 1850. Litografía. Biblioteca de Andalucía.

En Granada, Alarcón, junto con una serie de jóvenes promesas en distintas actividades artísticas y profesionales, funda “La cuerda granadina”, agrupación bohemía que imita incluso en sus formas de vida modelos literarios franceses. En esta acuarela, uno de sus miembros, José Vázquez “Sidonia”, se pinta a sí mismo y a sus compañeros durmiendo en torno a una mesa.

**En la imagen:** *Álbum de la Cuerda*, 1853. Museo Casa de los Tiros, Granada.



poco después a publicarse en Granada. Posiblemente aquí apareciera por vez primera *El clavo*, uno de sus relatos más populares. En Granada, donde Alarcón, junto con una serie de jóvenes promesas en distintas actividades artísticas y profesionales, forma “La cuerda granadina” (agrupación bohemía que imita incluso en sus formas de vida modelos literarios franceses), se inicia la etapa revolucionaria del escritor con su participación al frente de la insurrección que sigue a “la Vicalvarada” (julio, 1854). Funda un periódico anticlerical y antimilitarista, *La Redención*, y poco después se traslada a Madrid para colaborar en *El látigo*, “furioso diario demagogo”, que acabará dirigiendo. En las diatribas antimonárquicas que desde el periódico lanza con los seudónimos de “El Zagal” y “El Hijo Pródigo” está el origen de lo que él mismo

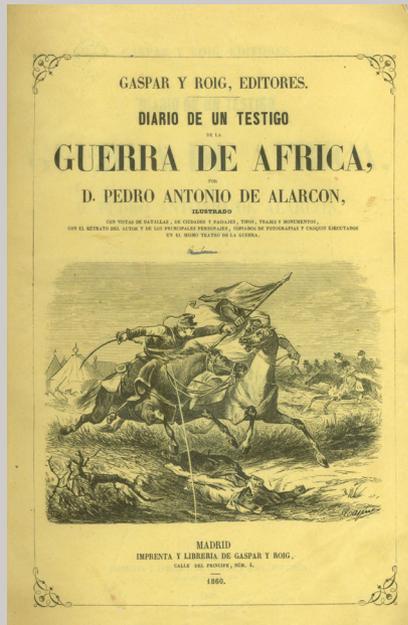


llamará “su conversión”, al salir indemne de un duelo a muerte con el redactor del diario monárquico *El León Español*, el venezolano Heriberto García de Quevedo, que, mucho más diestro que Alarcón en el manejo de las armas, disparó al aire, perdonando la vida a su contrincante tras haber fallado éste en un primer disparo<sup>2</sup>. Estamos en 1855: Alarcón deja la dirección de *El Látigo* y, después de una breve estancia en Segovia, donde da forma definitiva a una novela primeriza, *El final de Norma*, viaja a París como corresponsal de *El Occidente*, con motivo de la Exposición Universal. Al regresar a Madrid, convertido en un “hombre de moda” cuya firma se disputan los principales periódicos de la corte (*La América*, *La Discusión*, *El Eco Hispanoamericano*, *El Museo Universal*, *El Criterio*, *La Ilustración*, *Semanario Pintoresco Español*...), inicia una etapa de intensa actividad literaria sólo oscurecida

Alarcón saldrá indemne de un duelo a muerte con el redactor del diario monárquico *El León Español*, el venezolano Heriberto García de Quevedo, que, mucho más diestro que el escritor en el manejo de las armas, disparó al aire, perdonando la vida a su contrincante tras haber fallado éste en un primer disparo.

**En la imagen:** Grabado de Henry Dupray sobre el duelo con pistola al aire libre entre Oscar Bardi de Fourtou y Léon Gambetta, Harper’s New Monthly Magazine, 1887.

*Diario de un testigo de la guerra de África* es la obra que supone para Alarcón su consagración definitiva como periodista y una importante fuente de ingresos. Portada de la primera edición, año 1860. Biblioteca de Andalucía.



por el fracaso de su drama *El hijo pródigo*, estrenado en el Teatro del Circo en 1857, lo que le hará abandonar un género en el que había hecho sus pinitos literarios.

Dos años después, al estallar la guerra de Marruecos, se alista como voluntario en el ejército y desde el campo de batalla, entre el 11 de diciembre de 1859 y el 23 de marzo de 1860, envía puntualmente sus crónicas a Madrid. El resultado es *Diario de un testigo de la guerra de África*, la obra que supone su consagración definitiva como periodista y una importante fuente de ingresos, más que suficientes para poder realizar el soñado viaje a Italia a través de Francia y Suiza, un viaje de casi seis meses, también con consecuencias literarias: el libro *De Madrid a Nápoles*. Poco después se inicia una nueva etapa en su vida: la creciente amistad con O'Donnell, a quien había conocido en la campaña de África, lo lleva a militar en la Unión Liberal, el partido que había sido blanco recurrente de sus ataques en *El Látigo*. Al servicio de la Unión funda, junto con otros correligionarios, entre ellos Núñez de Arce, un periódico, *La Política*; es elegido diputado por Guadix e Iznalloz en 1864 y reelegido al año siguiente, año también de su boda con la granadina Paulina Contreras. Después de un breve exilio en Francia, en 1866, por haber firmado la protesta de los ciento veintinueve diputados unionistas contra Narváez y González Bravo, el escritor regresa temporalmente a Granada y, tras nuevos triunfos electorales en 1869 y 1871, sufre el descalabro de 1872, que lo distanciará de la política

para llevarlo de nuevo a la literatura<sup>3</sup>. Se inicia así una etapa de intensa actividad literaria, en la que Alarcón va a dedicarse principalmente a la novela. En 1874, poco después de publicarse el libro de viajes *La Alpujarra*, aparece la que es su obra maestra indiscutida: *El sombrero de tres picos*. Enraizadas en la tradición folclórica, las peripecias del corregidor y la molinera de Arcos consagran a su autor como uno de los valores más firmes de la literatura española del momento por la viveza de la narración, su gracia y fino sentido del humor, cualidades que apuntan también en otras obras del guadijeño, sobre todo en algunos relatos cortos.

Un acontecimiento histórico, la Restauración borbónica, abre 1875. Alarcón, que poco antes había publicado un famoso artículo: “La Unión Liberal debe ser alfonsina”, es nombrado Consejero de Estado. A finales de ese mismo año su creciente reputación como personaje público culmina con la elección como académico de número de la Real Academia Española<sup>4</sup>. Literariamente 1875 viene marcado por la publicación de *El escándalo*, novela de tesis, que convierte a su autor en la figura controvertida que será hasta su muerte. Muy lejos queda ya el joven revolucionario de los años de *La Redención* y *El látigo*: el autor de libelos antimonárquicos y anticlericales es ahora un hombre maduro empeñado en la defensa de los ideales religiosos que encarna el catolicismo, representado en la novela por el padre Manrique, un jesuita a cuya celda acude, un martes de Carnaval, el joven calave-



Pedro Antonio de Alarcón contrae matrimonio en 1885 con la granadina Paulina Contreras, aquí retratada por Dióscoro Puebla hacia 1865. Ayuntamiento de Guadix.

ra Fabián Conde para confesar sus pecados y reparar así el escándalo permanente que hasta entonces ha sido su vida. Las discrepancias de la crítica (*El escándalo* hizo correr “ríos de tinta”) contribuyeron a acrecentar el interés del público por la novela, que se convirtió en uno de los grandes éxitos de venta del momento, no superado por novelas posteriores como *El Niño de la Bola* (1880), también novela de tesis, *El capitán Veneno* (1881), un divertimento gracioso y lleno de humor, en la línea de *El sombrero de tres picos* pero sin llegar a su altura, y *La Pródiga* (1882), novela de nuevo tendenciosa, que supone la despedida casi definitiva de Alarcón del mundo de las letras, despedido por lo que él consideró una “conjuración del silencio” promovida por los “enemigos” de sus “tendencias moralizadoras”, como apunta en *Historia de mis libros* (1884), su “testamento literario”, redactado ya en el retiro de su finca de Valdemoro.

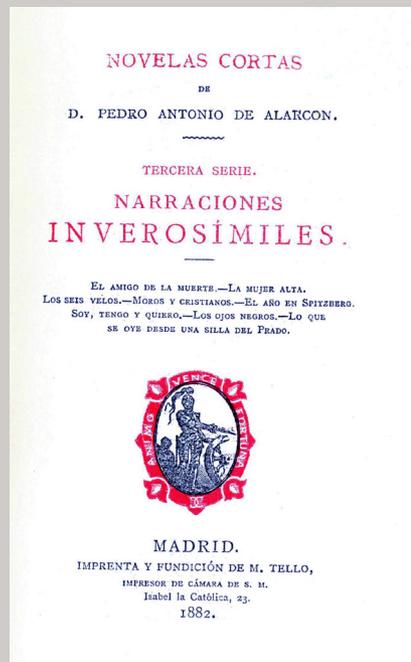
Casi nada se sabe de su vida a partir de esa fecha; lo que escribió –poco y de interés muy relativo– lo publicaron sus herederos con carácter póstumo como apéndice a la edición de *Obras completas*, que había sido cuidadosamente revisada por él mismo. Su último escrito documentado data de 1887 y hasta el título, “Diciembre”, parece premonitorio: se trata de un artículo lleno de nostalgia ante el pasado ideal e irrecuperable. Poco después, Alarcón sufrió el primero de los ataques de hemiplejía que acabarían con su vida el 19 de julio de 1891, cuando el escritor, que se sentía viejo y cansado

desde hacía tiempo y que había visto morir a dos de sus siete hijos, tenía cincuenta y ocho años. En el cementerio madrileño de San Justo reposaron sus restos hasta el 1 de mayo de 2001, en que fueron exhumados para trasladarlos a Guadix donde descansan en la actualidad<sup>5</sup>.

## Los relatos

No sin razón el siglo XIX en España ha sido denominado “siglo de la novela”, término éste, novela, que engloba toda la diversidad de géneros narrativos: novela propiamente dicha, novela corta, relato corto o cuento. Pedro Antonio de Alarcón, narrador nato, es autor de un conjunto de relatos cortos, unos treinta, entre los que figuran algunas de las piezas maestras del género<sup>6</sup>. Obras en su mayoría de juventud, publicados inicialmente en periódicos y revistas, fueron recogidos en los tres primeros volúmenes de la colección de *Obras completas: Cuentos amatorios e Historietas nacionales*, ambos de 1881, y *Narraciones inverosímiles*, de 1882.

Cronológicamente Alarcón pertenece a la generación postromántica y es común situar su producción en el marco del realismo español, lo que vendría avalado por obras como *El sombrero de tres picos* o *El escándalo* y demás novelas de ambiente contemporáneo, pero la impronta del romanticismo marca la práctica totalidad de sus escritos, dejándose sentir de modo particular en el conjunto de los cuentos, tanto en los más tempranos (*El clavo*, por ejemplo, fechado en



Portada de *Narraciones inverosímiles*, entre las que se incluye el relato “La mujer alta”. 1882. Biblioteca de Andalucía.

1853 y recogido después en *Cuentos amatorios*), como en el que pone fin, brillantemente, a su trayectoria en este campo: *La mujer alta*, de 1881, una de las *Narraciones inverosímiles*.

*El clavo*, subtulado “causa célebre”, es quizá la obra más popular de nuestro escritor: constantemente reeditado, llevado al cine, a la televisión, resulta familiar incluso a quienes no han leído ni una sola obra de Alarcón (“el autor de *El clavo*”, dicen)<sup>7</sup>. Los amantes del género policiaco, del que Alarcón es pionero en España con este relato, podrán disfrutar siguiendo la peripecia azarosa de los personajes centrales, dos hombres y una mujer cuyas vidas van a entrecruzarse en un vaivén de encuentros y desencuentros que acabarán trágicamente. Todos los ingredientes de la historia son de inequívoco sabor romántico, empezando por el punto de partida: el encuentro casual de dos desconocidos, hombre y mujer, en un viaje en diligencia, motivo inspirador de un sinnúmero de obras de asunto más o menos complejo que arrancan precisamente de una situación similar (entre ellas otro relato del propio Alarcón, *La belleza ideal*, parodia del romanticismo en este caso y escrito, por tanto, en un registro narrativo muy distinto al de *El clavo*). Otros espacios clave en el desarrollo de la historia nos retrotraen igualmente al movimiento romántico, muy en particular el cementerio, en el que, también por casualidad, se produce el macabro encuentro que dará un giro radical e inesperado a los sucesos; románticos son asimismo el énfasis en la importancia del azar y de la fatalidad en el

Una escena de la versión teatral de *El sombrero de tres picos* por la Compañía Morfeo Teatro Clásico, 2012.



destino de los personajes; el tono exaltado de algunos diálogos y, sobre todo, la caracterización de la que es protagonista indiscutible, una hermosa mujer cuya condición de malcasada, adúltera y asesina por amor (lo que la obliga a ocultar su identidad) justifica el misterio que la envuelve y la perturbación que su presencia causará en las vidas de quienes la rodean. Un desenlace tan inverosímil como efectista emparenta esta pieza alarcóniana con algunas de las historias de amor romántico más divulgadas por la literatura. En suma, se trata de una obra cuya lectura no defraudará a quienes buscan, unido a la calidad literaria, el entretenimiento, lo que se consigue merced a una intriga bien urdida, protagonizada por unos personajes que despiertan la simpatía del lector, y a una tensión narrativa creciente, mantenida con destreza de principio a fin sin que ni un solo instante decaiga el interés.

Casi treinta años separan *El clavo* de *La mujer alta*, relato con el que Alarcón retorna a una modalidad narrativa que había abandonado desde la publicación, en 1852, de *El amigo de la Muerte*: el relato fantástico, un género que, asociado en sus orígenes al romanticismo y cultivado tiempo atrás por autores de la talla de Hoffman y Poe (por citar sólo dos de los nombres más destacados), contaba con escasos representantes entre los escritores españoles. Mediado ya el siglo XIX, Bécquer, con algunas de sus leyendas, y Alarcón, con sólo dos relatos, se convertirán en los maestros del género.

El título, *La mujer alta*, apunta de nuevo a un protagonismo



**Arriba y derecha:** Figurines de Picasso para el ballet *El sombrero de tres picos*, de Manuel de Falla, basado en la novela de Alarcón. MoMA, Nueva York.

femenino, pero en este caso, y a diferencia de *El clavo*, no es atracción el sentimiento que esa mujer provoca, sino todo lo contrario: repulsión y temor; de ahí el acertado subtítulo “cuento de miedo”. Porque miedo es lo que Telesforo, joven de posición social acomodada, ingeniero de minas, racionalista como el que más, ha sentido desde niño ante la presencia, o la mera figuración, de una mujer sola, de noche, por la calle.

Partiendo de esta idea, Alarcón construye un relato en el que lo fantástico planea desde el momento en que el narrador, antes de comenzar la que anuncia como “rara y peregrina historia”, plantea al público el reto de su posible explicación.

Los hechos, sucedidos entre 1857 y 1860, son referidos por Gabriel, amigo y confidente de Telesforo, en el verano de 1875, durante una excursión con un grupo de amigos por la sierra de Guadarrama. Esa precisión cronológica y topográfica, la llaneza de los diálogos, la verosimilitud en la composición de personajes y en la recreación de ambientes, que son una constante en el relato, constituyen el componente realista necesario para sustentar, como contrapunto, el hecho extranatural, que es la esencia de lo fantástico. Las sucesivas apariciones de la mujer alta ante Telesforo, siempre de noche, en soledad, por un área del centro de Madrid perfectamente delimitada (calles de Carretas, Jardines, el Lobo...), representan la concreción de sus terrores ancestrales, y la coincidencia de esas apariciones con la llegada inmediata de



noticias dolorosas para el joven (la pérdida de su padre, primero, y la de su prometida después), constituyen el elemento perturbador que, al irrumpir en la normalidad cotidiana, trastoca su existencia, convirtiéndola desde ese momento en una sucesión de interrogantes sin respuesta: ¿Quién es? ¿Qué es la mujer alta?

La permanencia de la duda en el lector al final de un relato, primera condición de lo fantástico para Todorov, es opinión que no comparten la mayoría de los teóricos del género, pues, de ser así –dicen--, la literatura fantástica se limitaría a poco más de una docena de relatos, material a todas luces insuficiente para poder hablar de un género literario. La mujer alta deja campo abierto a la interpretación de los lectores, pero, en realidad, éstos se encuentran confrontados a elegir entre dos posibles explicaciones: la natural, a la que en principio propende Gabriel y después sus oyentes, y la extranatural, que parece ir imponiéndose al lector –con independencia de que éste la acepte o la rechace-- a medida que progresa la narración.

Creador de caracteres femeninos inolvidables (Frasquita, en *El sombrero de tres picos*, Sor Isabel, en *La Comendadora*, la conmovedora Casimira de *El coro de ángeles...*), Pedro Antonio de Alarcón, en las postrimerías de su carrera, da un giro radical, que no es sino una muestra más de la variedad de sus registros, con esta “mujer alta”, encarnación de lo grotesco, de lo repulsivo, del horror, que repele y atrae al mismo



Cartel de la versión cinematográfica de *El clavo*, dirigida por Rafael Gil en 1944.

tiempo. Su posible identificación con las fuerzas del mal, el Demonio, o la Muerte misma dotan de grandeza a un personaje, hábilmente perfilado por su creador con pocos, pero certeros, rasgos físicos (prominente nariz, dentadura mellada, ojos sin pestañas, elevada estatura) que por sí mismos en nada apuntan, por otra parte (y éste es uno de los aciertos del relato), a una posible condición sobrehumana. La pañoleta de percal que cubre su cabeza y el pequeño abanico, ridículo por el tamaño, que contrasta con la envergadura física de su dueña, redondean el perfil del personaje, una criatura que permanecerá viva mientras haya en el mundo lectores capaces de estremecerse con historias que no precisan de efectismos baratos ni de truculencias para provocar el terror, y que son los más genuinos cuentos de miedo. Éste es uno de ellos.

## NOTAS

<sup>1</sup> “Salí yo de mi Seminario [...] llevando en pugna dentro de mi agitado cerebro a Santo Tomás y a Rousseau, a Job y a lord Byron, a Fr. Luis de León y a Balzac, a Savonarola y a Aben-Humeya.” P.A. DE ALARCÓN, *Obras completas*. Con un comentario preliminar por Luis Martínez Kleiser, Madrid, Fax, 3ª ed., 1968.

<sup>2</sup> Mucho se ha escrito sobre esa supuesta “conversión”, que no significa — como oportunamente ha señalado algún crítico— la desembocadura en un nuevo camino, sino el redescubrimiento del antiguo. De modo que más que de conversión cabría hablar de recuperación de los viejos ideales, un tanto abandonados durante la efímera etapa revolucionaria de los veinte años,

pero nunca cancelados por completo. De hecho, toda la obra de Alarcón, a excepción del periodo de *El Látigo*, evidencia un notable consevadorismo y voluntad moralista como facetas básicas de su carácter. (Véase B. A. Mc Clendon, “Political and moral evolution of Pedro Antonio de Alarcón”, *Dos Continentes*, Madrid, 1971-1972, nº 9-10.)

<sup>3</sup> El triunfo en las elecciones de 1869 impulsó a Alarcón a renunciar al cargo de Ministro plenipotenciario en Suecia y Noruega, para el que había sido designado a raíz de la revolución de septiembre de 1868, “la Gloriosa”, que destronó a Isabel II.

<sup>4</sup> En la toma de posesión, Alarcón leyó un discurso, *La Moral en el Arte*, que es toda una declaración de principios sobre la condición ética indispensable en cualquier creación estética.

<sup>5</sup> “El traslado del escritor a Guadix, donde se abrirá una escuela de estudios alarconianos, es el resultado de los contactos mantenidos en los últimos meses entre los descendientes de Alarcón y el Ayuntamiento de la localidad accitana.

Alarcón entrará en el Consistorio de Guadix a los sonos de *El sombrero de tres picos*, de Manuel de Falla, obra musical inspirada en el cuento [...] del mismo nombre.” *El País*, 1 de mayo de 2001/LA CULTURA/, p. 30.

<sup>6</sup> La Comendarora, de 1868, es unánimemente reconocido como una de las cimas de la cuentística española del siglo XIX. Relatos también “de antología” (literalmente, además, en algún caso) son *El carbonero alcalde*, *El ángel de la guarda*, *El libro talonario*, *Moros y cristianos*, entre otros.

<sup>7</sup> La película del mismo título, dirigida por Rafael Gil y protagonizada por Amparo (entonces “Amparito”) Rivelles y Rafael Durán, fue en 1944, año del estreno, uno de los éxitos del cine español.

## BIBLIOGRAFÍA

ALARCÓN, Pedro Antonio de, *Obras completas*, Madrid, Fax, 3ª ed., 1968.

ALARCÓN, Pedro Antonio de, *La Comendadora, El clavo y otros cuentos* (ed. de Laura de los Ríos), Madrid, Cátedra, 2ª ed., 1968.

ALARCÓN, Pedro Antonio de, *Relatos* (ed. de Mª Dolores Royo Latorre), Cáceres, Universidad de Extremadura, 1994.

ALARCÓN, Pedro Antonio de, *El clavo, El amigo de la Muerte, La mujer alta*, Barcelona, Rueda, 2002.

BAQUERO GOYANES, Mariano, *El cuento español en el siglo XIX*, Madrid, C.S.I.C., 1949.

FERNÁNDEZ MONTESINOS, José, *Pedro Antonio de Alarcón*, Valencia, Castalia, 1977.

LEGUEN, Brigitte, *Estructuras narrativas en los cuentos de Alarcón*, Madrid, U.N.E.D., 1988.

LIBERATORI, Filomena, *I tempi e le opere di Pedro Antonio de Alarcón*, Napoli, Istituto Universitario Orientale, 1981.

ROYO LATORRE, Mª Dolores, “Pedro Antonio de Alarcón: la composición del relato”, *STVDIVM. Filología*, C.U.T., 8, 1992, pp. 5-130.

ROYO LATORRE, Mª Dolores, “Relato corto y literatura fantástica en Pedro Antonio de Alarcón”, en *Historia de la literatura española. Siglo XIX, II* (dirigida por Víctor García de la Concha), Madrid, Espasa-Calpe, 1998, pp. 364-375.



Galería de lecturas pendientes



BibliotecaVirtualAndalucía

2020

21

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

  
Junta de Andalucía  
Consejería de Cultura  
y Patrimonio Histórico

  
Andalucía  
ORIGEN & DESTINO  
Quinta Comarca de la Historia. Punto al Mundo